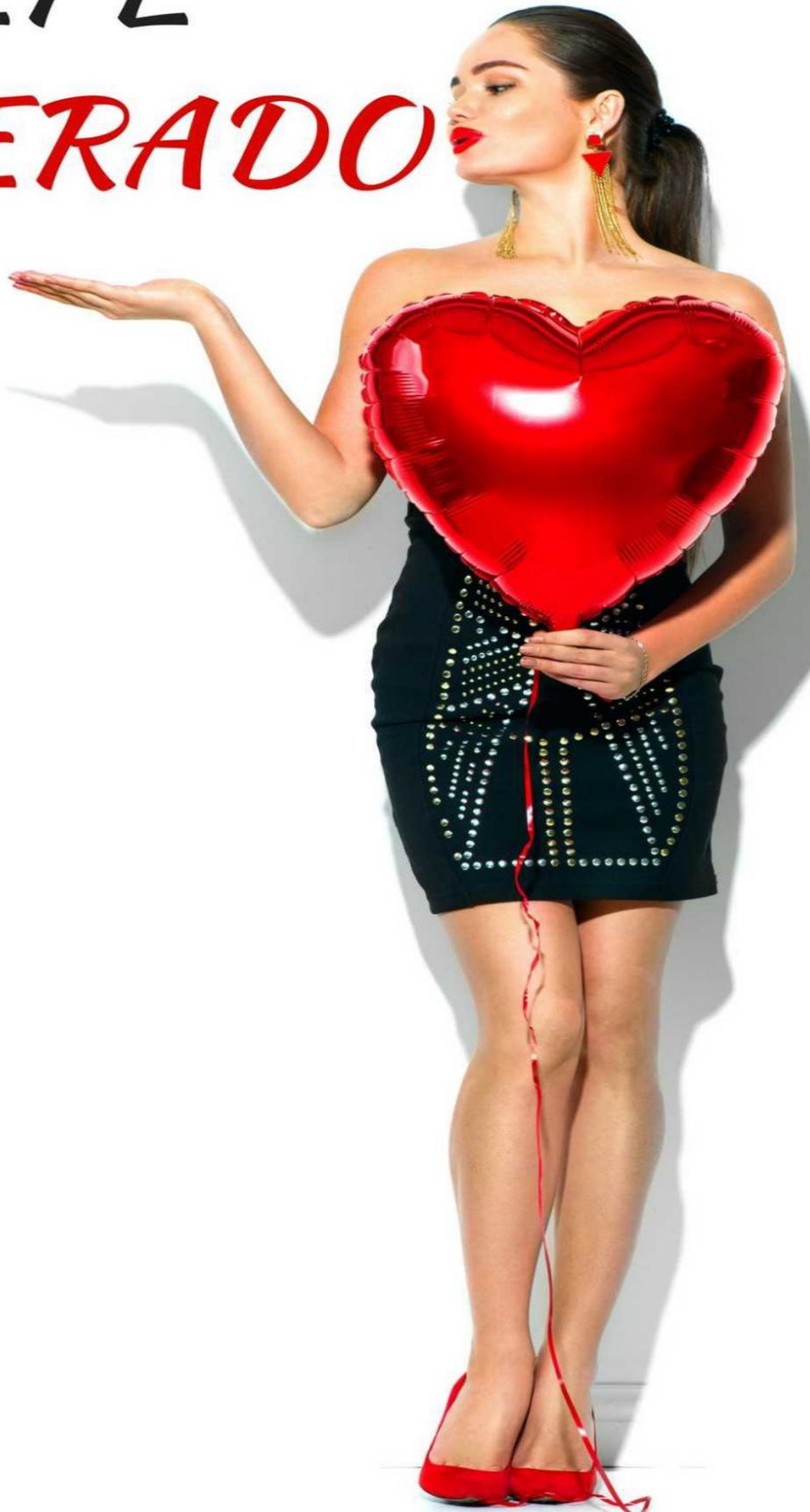


UN

GOLPE



INESPERADO



*Mariana
Torres*

Un golpe inesperado

Mariana torres

Un golpe inesperado

© Mariana Torres

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Febrero, 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo uno

Solía despertar con la idea de que cada día sería diferente. Y lo intentaba, pero todo seguía de la misma manera que si no lo hubiera hecho. Siempre igual.

Quería un cambio, quería vida, quería magia. Pero más magia que ver como el pan salía tostado después de unos minutos en la tostadora era la única a la que tenía alcance. Quería un cambio que me hiciera querer cortar mi cabello y tener un nuevo estilo. Como toda mujer que presentaba innovaciones en su vida. Quería querer cambiar mi vestuario en los días más felices, que esperaba fueran todos. Quería mirar al espejo y ver una sonrisa regocijante en mi cara al despertar. Quería sentir como si nada más importaba más que mí misma y mi felicidad. Quería algo que me hiciera saltar de la cama ansiosa de que el día no terminara tan rápido, quería poder contar con que eso estaba allí.

Pero yo misma lo había arruinado hace años.

Ahora pudiera tenerlo, pero no hice más que arruinarlo. Y me

arrepentía totalmente de ello cada mañana sola en cama. Y no, no hablo de lo que todos pudieran imaginar ahora.

Busqué uno de los pañitos que solía usar para la cocina y la figura del espejo que había puesto en mi sala captó mi atención. Era cierto que necesitaba un corte de cabello, mis puntas estaban amarillas de lo deterioradas y maltratadas que se veían y la que solía ser una pollina ya no era más que otro cabello del resto luchando por sobresalir de nuevo. Mi cuerpo no había cambiado desde hacía ya tiempo y mi cara seguía siendo la misma de cuando era una niña. Los lunares la cubrían en gran parte y mi nariz resultaba ser bastante graciosa si de contraste con mis grandes pómulos hablábamos.

Los años no me habían pegado para nada, parecía aquella misma muchachita adolescente. Mi altura seguía siendo la misma y lo único que podría decirse que estaba fuera de cómo era antes era que mi piel se había aclarado.

Siempre había sido blanca pero ya hasta las venas de mis brazos comenzaban a notarse. Recogí mi cabello en una coleta intentando que se viera bonito, aunque fuera para mí y lamí mis labios para que tomaran un poco de color.

Saqué la única magia con la que contaba sonriendo porque habían

quedado exactamente como me gustaban y resoplé al ver en los estantes que sólo quedaba jalea de mango. La había comprado porque Diana, mi prima por parte de madre, una de las pocas que sabía dónde vivía ahora, había tenido que quedarse conmigo una semana y era la única que le gustaba de todas las jaleas que yo sí podía comer. Era intolerable a esa en específico y necesitaba ir a hacer mercado si no quería terminar con la lengua hinchada y mi cara a punto de explotar.

No quería ese tipo de innovaciones en mi vida tampoco.

Me dejé las pantuflas puestas ya que sólo tenía que cruzar el puente para conseguir lo que quería en la tienda, pero me coloqué un suéter con el que pudiera ocultar mis senos desprotegidos por solo una ligera franelilla. Me abracé a mí misma para calentarme antes de salir y cerré con llave.

Mis pies sentían cosquillas por el frío que entraba por la planta de ellos y consideré que tal vez hubiese sido buena idea ponerme otra cosa.

Una de las cosas que odiaba de tener tan relativamente cerca el mercado era que todos también lo tenían, por lo que elegía la hora de la mañana en la que ya muchos se habían ido a trabajar y no tenía que toparme con la mayoría de la gente. 10 de la mañana, hora perfecta.

Otra de las desventajas es que odiaba los puentes, pero eso ya era algo que definitivamente no podía cambiar. A menos que me convirtiera en

gobernadora y mandara a reconstruir drásticamente el paso hacia el otro lado.

Debería considerarlo, sonreí para mí misma.

Quiero decir ¿quién había pensado en algo como un puente para permitir el paso hacia allá?

Lamentándome tristemente de que casi todo estuviese atado a la necesidad de cruzarlo. La parada de los autobuses, el mercado, las tiendas, casi todo estaba del otro lado. A menos que tuvieras coche y pudieses pasar por el espacio que también habían construido especialmente para ellos.

El frío seguía azotando mi pobre cuerpo descubierto y caminé rápido apresurándome a llegar, comprar y volver, como siempre. Lo que más odiaba de tener un puente donde vivía era la parte de cruzar el puente y más si era en la parte del centro donde o me apuraba o me devolvía. No podía evitar pensar cada vez que caminaba por él que pasaría si se cayera justo cuando estuviese pasando por allí. De solo imaginármelo me ponía neurótica. No le tenía un terror más grande de todo en este mundo que a las alturas.

Tal vez exageraba porque esto no debía tener más de cuatro metros de altura y quien sabe cuántos de profundidad en agua, pero era lo suficiente para matarme. O para asustarme hasta el punto de haber querido mudarme de nuevo cuando me enteré de que esto lo tenía. No era como que esto no tuviera seguridad y de hecho las barras no permitían que te cayeras, pero no

dejaba de ser una razón insuficiente para morirme de sustos.

Dios, en serio necesitaba un auto.

El que había tenido la brillante idea de colocarlo y conseguir personas para que lo construyera a lo mejor había querido que el pueblo tuviese un atractivo, algo entretenido, incluso posiblemente quiso hasta darle un toque romántico o familiar. Pero lo siento, conmigo no había funcionado. Y tal vez para ninguno de los habitantes que sufriera de vértigo.

Me preparé mentalmente como cada vez que sabía que tenía que pasarlo y crucé intentando sólo mirar al frente. Me sorprendí al no encontrar a absolutamente a nadie en el camino, pero no me quejé. El pueblo era más bonito cuando la calle estaba sola y lo único que escuchabas era a los pajaritos cantar.

Un impacto me sacó de mi ensueño y mi cuerpo se arqueó hacia atrás. Mi pulso se aceleró de inmediato y casi que pude verme cayendo hacia el vacío. Pero no, aún estaba en pie.

Sequé mi frente que por el susto había empezado a sudar y como pude miré hacia atrás para ver lo que había pasado. Rayos, mi suéter. Se había atorado. Lo halé con fuerza también para soltarlo, pero estaba completamente aferrado. Y para hacer más preocupante la cosa, me encontraba llegando al medio del puente. No quería mirar a los lados y mucho menos hacia abajo,

pero necesitaba saber con que se había atascado para soltarlo.

Respiré profundo y me agaché con cuidado cerrando los ojos, cosa de que sólo tuviera que abrirlos para ver y salir corriendo cuando lo lograra.

Un pequeño alambre curvado que salía de la madera de la orilla era el causante de la tragedia. Fruncí los labios e intenté desenredarlo con cuidado.

Un sonido extraño llamó mi atención y mi pulso volvió a acelerarse como un centinela imaginando las posibilidades de caer de nuevo. Pisé con algo de fuerza para averiguar si había sido la madera, pero no encontré lo mismo que había escuchado. Tal vez solo había sido producto de mi neurótica mente.

Seguí intentando sacar la tela del estúpido alambre cuando el mismo sonido volvió a hacerse presente. Rodé los ojos molesta de lo que pudiera ser y al voltear para ver si había sido algún animalito mi boca cayó al piso. Lo que parecía ser una figura masculina se encontraba escalando las vallas del puente que impedían que pudieras caerte sin hacer mucho esfuerzo. ¿Qué se suponía que quería hacer?

Subió la antepenúltima y mis ojos se abrieron exasperadamente ante la idea de que tal vez estuviese intentando saltar hacia el agua.

— ¿Disculpe? ¿Qué está haciendo? —Alcé la voz intentando atraer su atención siendo completamente inútil, porque siguió subiendo— Chico,

puedes caerte—grité, sintiéndome estúpida porque él debía saber que era obvio. Volteó, percatándose de mi presencia y como si un botón se hubiese presionado en su sistema comenzó a subir más rápido. La vena de mi frente estuvo a punto de explotar y halé mi suéter para sacarlo e ir a ayudar o impedir lo que fuera que estuviera haciendo.

Maldición, no salía. Miré de nuevo hacia el muchacho y como obra del cielo su pie también se había atorado como para darme tiempo.

No iba a salir, y el muchacho tendría problemas más graves que una tela desprendida. A él podía desprendérsele otra cosa si saltaba de allí. Un escalofrío recorrió mi espalda al pensarlo y saqué rápidamente las mangas de mi suéter sintiendo el escalofrío esta vez en mis senos que como había mencionado, estaban completamente desprotegidos.

Me desesperé en cuanto vi que el muchacho había logrado soltar su pie y corrí hacia la valla, él apresurándose ante mi movimiento. Alcancé el ruedo de su pantalón y él miró hacia abajo para ver qué era lo que lo detenía. Me reconoció al haberme visto hace unos segundos y le rogué con la mirada que bajara.

Pateó mi mano y me quejé en silencio intentando no soltar mi agarre.

— ¿Qué estás haciendo? —preguntó, su voz gruesa, rasposa como si hubiese estado bebiendo toda la noche y claramente molesta.

— ¿Qué estás haciendo tú? Es peligroso, vas a caerte

— ¿Qué crees que estoy tratando de hacer genia? —volvió a patear mi mano y no hice más que reforzar mi agarre.

—Baja de ahí, por favor

—Quien quiera que seas, suéltame y déjame ir

—Estás a punto de cometer una locura, por favor bájate de allí—rogué, asustada de que me diera otra patada y tuviera que verlo saltar.

—Por Dios, no te conozco ¿Qué puede interesarte? Suéltame ya

—Vas a tirarte desde cinco metros de altura a unos metros de profundidad de los que no tienes idea, puedes hacerte daño

—No quiero ser el señor obvio niña pero no es precisamente lo que no busco hacer, suéltame—su voz sonaba más molesta y realmente me estaba desesperando al no saber qué hacer.

— ¡Auxilio! ¡Ayúdenme alguien! ¡Auxilio! —grité, lo único que se me vino a la mente. Sabía que estaba a punto de pegarme otra patada así que alcé mis puntillas lo más que pude y tomé su otra pierna un poco más arriba, rogando que no escapara.

—Estoy empezando a impacientarme, suéltame ya o te haré daño yo a ti—alzó la voz y me asusté esta vez un poco más. En algo tenía razón y es

que era un desconocido, no sabía ni porque estaba aferrada a su pantalón en un intento de salvarlo de quién sabe qué.

—No puedo irme y dejarte aquí intentando desgraciarte la vida

— ¡No me conoces! ¿Qué carajos te pasa?—gritó con fuerza espantando a los pajarillos que habían venido a observar nuestro espectáculo

— Imagina que nunca me viste y ve a hacer lo que sea que ibas a hacer y luego, ¡déjame en paz!

—No puedo pretender que no te vi cuando incluso estoy sosteniéndote

—Pues ese no es mi problema ¡suéltame ya!

— ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Y en un sitio tan público?

—Cállate, suéltame

Parecía una máquina repitiendo la misma frase tantas veces pero no creo que estuviese más desesperado que yo. Si lo soltaba y me iba no sería más que una cómplice de la locura que planeaba hacer. Si me iba y pretendía que nunca pasó, al ver las noticias no podría evitar sentirme como lo que acababa de mencionar. Había sido prácticamente mi culpa al no haberme alejado de inmediato pero no era algo que yo haría al ver que una persona extraña intenta lanzarse de un barranco.

—Si te caes de aquí, sólo lograrías hacerte daño, no matarte—bien,

psicología inversa, debería funcionar.

—Dijiste que no sabías cuantos metros de profundidad había, ¿cómo sabes que no me mataré? —rayos, estaba usando lo mismo conmigo.

—Porque lo sé, nadie ha hecho esto

—Perfecto, entonces seré el primero, ahora, por última vez —casi que vomito por su referencia— vete y suéltame.

Pisadas captaron nuestra atención y sentí que el corazón me bajaba de la garganta a su puesto cuando vi que gente se acercaba.

—Tú, como te llames, por favor, si de verdad quieres ayudarme, suéltame ahora. Vivirás con el alivio de que hiciste lo que pudiste pero que al final me ayudaste como debías y eso será una gran satisfacción—era increíble lo rápido que hablaba y más aún que pude entenderlo. Pero su deseo no tenía validez, no podía hacer eso.

—Habrá personas que si podrán ayudarte, pero esta no es la opción que debes buscar y mucho menos esperar que contribuya con eso.

— ¡Es tu culpa maldición! ¡No tenías que venir aquí!—si lo conociera no puedo saber cuánto me hubiesen dolido sus palabras, pero podía imaginar que mucho, porque siendo sólo un extraño me había lastimado.

¿Mi culpa? Sólo estaba tratando de hacer que no cometiera una locura.

Otra de sus patadas me sacó de mi propia tragedia y el corazón volvió a subirse a mi garganta cuando vi que se había logrado soltar de mi agarre y un grito se juntó con el horror de que ya estuviese completamente preparado para saltar. Cerré los ojos y me desplomé yo misma allí parada.

Mejor los hubiese mantenido así. Un gran peso hizo que reaccionara de inmediato y volví a gritar cuando vi que se abalanzaba de espaldas hacia mí. Una de las personas que se estaba acercando cuando yo aún lo tenía agarrado había logrado tomarlo de su suéter y lanzarlo al suelo. O en su defecto, encima de mí.

Lo escuché quejarse y maldecir varias veces y el oxígeno comenzó a desaparecer de mis pulmones al pasar mucho tiempo, con su brazo enterrado en mi costilla. El mismo hombre lo levantó y tomé un inhalado fuerte al sentir como el aire volvía a recorrerme el cuerpo.

— ¡¿Acaso estás loco?! —gritó una voz diferente que supuse que era el mismo que lo tenía tomado por el cuello del suéter y una chica que estaba a su lado extendió su mano para ayudarme. Era muy alto y de hecho, de cuerpo ancho, por lo que no se le hacía difícil sostenerlo con facilidad entre sus manos.

—Ustedes no tienen nada que ver en esto, ni siquiera los conozco, lárguense de aquí—se quejó de vuelta.

—Esto es un sitio público, maldito inepto, por aquí transitan niños— volvió a gritar, como si estuviese realmente molesto con lo que el muchacho pretendía hacer— tenemos todo el derecho al igual que tú de reclamar en esto. Si querías fama y escándalo, pues, ahora tendrás bastante—lo haló de nuevo del cuello de su suéter y colocó una expresión de dolor que hizo que el pecho se me arrugara.

Pecho, cierto. Dios, sin mi suéter estaba casi desnuda. Llevé mis brazos hacia mis senos haciendo el intento de cubrirlos.

Tragué fuerte al ver que se lo estaban llevando y caminé apresurada hacia ellos.

—Oigan, esperen, ¿Qué están haciendo con él?

—A la policía querida, esto no puede quedar así—fruncí el ceño y mi boca se abrió de par en par.

— ¿A la policía? ¿Por qué?

— ¿También estabas implicada en esto?

— ¿Qué? No—chillé—pero no entiendo porque se lo están llevando a la policía—el hombre volteó y su hombro quedó por encima de mi cabeza.

— ¿Tienes idea de lo que hubiese generado un simple capricho de este niño? Pasan decenas de personas por ese puente, familias, niños, no es un

espectáculo que sea deseable ver. Se llama desorden público y es un delito al igual que todos los demás.

Mi boca que aún seguía abierta se había quedado completamente seca y mi frente comenzó a sudar, más que estresada. Mi mirada preocupada se dirigió al muchacho que no se veía nada contento y se me fue la respiración. Tenía los ojos cristalizados y su mandíbula no podía apretarse más. Mordí mis labios, no pudiendo evitar el sentirme mal y sus palabras me pegaron como una cachetada.

—Gracias.

Capítulo dos

“No hago más que escribir versos tristes sobre tu ausencia. Pero que alguien

me diga, ¿cómo podría soportarlo?

Nunca escuché tu risa y tampoco tu voz diciendo que me querías.

La noche resulta más fría y los días mucho más aburridos.

Aún puedo abrigarme en el caliente de tu frente. Incluso puedo hasta imaginarme como se debe sentir ahora.

Sé que no está bien, pero lo que hice tampoco lo estuvo”

Había algo que ciertamente no entendía y era el hecho de que realmente había hecho mal. Sólo había querido ayudarlo a no cometer una verdadera locura al querer lanzarse de ese puente pudiendo perder la vida. No lo decía sin saber, de verdad era una locura. Obviamente era lo que él quería, pero no podía pretender que me hubiese quedado allí parado viendo como su cuerpo desaparecía en frente de mí.

¿En realidad lo había arruinado? Estaba intentando matarse, ¿cómo podía arruinar lo arruinado?

¿De verdad había estado mal? Dios, no podía dejar de pensar en eso.

Cuando pedí innovaciones y cambios, no me refería precisamente a enigmas que explotaran mi cabeza.

Pero en fin, aquí estaba yo, corriendo hacia la estación de policía, miles

de preguntas en mi mente sin responder. Y que tal vez no serían respondidas. Pero no podía acostarme tranquila sabiendo lo que había hecho. Tenía un gran trauma y era creer que todo lo que hacía o decía estaba mal. Nunca se me permitió en casa decir lo que pensaba o quería, así que me encontraba sumamente frustrada con haber posiblemente arruinado más la vida de una persona que al parecer ya estaba arruinada por mis estúpidas acciones repentinas.

Lo único bueno de esto era que había logrado sacar mi suéter del alambre extraño y no había tenido que sentir que caminaba como exhibicionista por las calles. A pesar de que el frío me estuviera haciendo querer regresarme.

Arrugué la nariz en cuanto el olor a café, cigarro y orine inundó mis fosas nasales y miré a todos lados intentando encontrar al muchacho por alguna parte. Sentí un gran alivio al ver su cabello marrón claro sobresaliente entre todas las personas que estaban sentadas a su lado y caminé con rapidez para encontrármelo de frente.

Nunca me habían mirado con tanto odio como este día y para primicia, no se sentía nada bien. Me fulminó y volvió a dirigir su vista al piso haciendo el intento de ignorar mi presencia.

Mi estómago se revolvió porque nadie podía verse tan molesto si no

habías arruinado algo y me odie a mí misma en el instante también. Sus brazos estaban cruzados, sus manos metidas hasta los dedos en el suéter que cargaba puesto y sus piernas se movían de arriba abajo, inquieto.

Me senté a su lado haciendo el menor ruido posible, indecisa de qué hacer, como siempre.

—Perdóname—dije por fin después de un largo rato de silencio.

—No tienes perdón—escupió, sorprendiéndome —sólo quería matarme, ¿cómo podías echar a perder eso? Que inútil.

—Oye espera, no tienes derecho tampoco a hablarme de esa manera.

—Si tengo todo el que quiera, por tu culpa estoy metido en esta estúpida estación de policía y tengo que pasar todo el día aquí como si no bastara. Dime en que ayudaste—seguía sin mirarme, y menos mal que no lo hacía, porque estoy segura de que lloraría a otra mirada fea que me lanzara. De por si sus palabras ya estaban a punto de hacerlo.

—De verdad no quería que esto pasara, solo quería que no cometieras una locura. No podía irme y saber que lo que querías cometer estaba fuera de...— me interrumpió.

—No puedes ayudar a quien no quiere ser ayudado. Recuérdalo cuando vayas a querer hacer otra estupidez.

Mordí mis labios intentando no entrar en depresión porque tenía razón e imité su posición de cruzar los brazos como solía hacer cuando quería concentrarme en no llorar ni sentirme mal.

No conocía a este chico pero en años nadie había dicho palabras que me pegaran como las que me había escupido hace segundos.

No podía evitar pensar en mi padre, quien siempre me dijo que todo lo que hacía estaba mal y que solo era una chiquilla inservible. Tal vez él también tenía razón. Siempre lo arruinaba. No podía creer que una acción estúpida pudiera generar tanto. Debí sólo haberme ido.

Lo sentí moverse a mi lado y miré al frente para ver por qué. Lo habían llamado.

Si había sido mi culpa, no podía pararme e irme a mi casa como si simplemente no hubiese tenido nada que ver en esto. O tal vez no debería causar más problemas y lo mejor era largarme. Dios, mi cabeza definitivamente explotaría.

Puse las manos en mi cara y cerré los ojos, queriendo encontrar paz entre nicotina, cafeína y pis. Era casi imposible.

Una canción de *Guns N' Roses* estaba sonando de fondo y rodé los ojos porque era la menos indicada. *Paradise City*, que irónico. Al menos tenían buen gusto.

Moví mi cabeza al ritmo y me inquieté al ver que las horas pasaban lento.

Era una experta en hacer que el tiempo pasara rápido pero en un lugar como este no estaba específicamente acostumbrada. Tomé un periódico que estaba cerca del banco sin estar segura de quién era y lo revisé para ver si aún traían la sección de entretenimiento. No, nada. La prensa ahora no era más que sucesos horribles y política abrumadora.

Suspiré y subí mis rodillas intentando sentarme más cómoda. Una pequeña viejecita llamó mi atención al otro lado de la sala y no pude evitar recordar a mi abuela. Siempre había estado enamorada de las ancianitas porque solían ser muy tiernas. Y ella era igual a mi favorita.

Sus manitas temblaban al luchar con el filtro de agua y corrí para ayudarla. Se asustó cuando tomé el vaso de sus manos pero al percatarse de que sólo quería auxiliarla me miró y sus ojitos se arrugaron más al sonreír.

—Gracias linda, que amable eres

—No se preocupe—tomé sus dedos y los coloqué alrededor del vaso para que no se le cayera.

— ¿Qué puede estar buscando una jovencita tan bonita en una estación de policía?

Buena pregunta. Ojalá la respuesta fuera igual de buena.

—Espero a alguien—respondí frunciendo los labios.

—Oh—asintió—entiendo.

— ¿Y una viejecita tan tierna como usted?

—Agua—sonrió de nuevo y me contagió completamente.

Su cabello blanco estaba peinado en una muy bonita trenza y tenía puesto un ganchito de mariposa. Aún podía verse restos de labial en su boca y sus uñas estaban pintadas de color azul cielo al igual que el vestido que cargaba. Que coqueta, pensé. Ni yo hacía eso.

Levantó uno de sus brazos para despedirse de mí y acaricié su hombro como despedida también. Al menos había hecho un acto bueno en el día, no todo estaba perdido.

Bueno, tal vez gran parte llegando al todo, pero no todo.

Mis pies dolían de dar vueltas por la sala caminando de aquí a allá esperando a que se hiciera la hora, sin estar muy segura de que haría cuando saliera. Cierto, estaba aquí, esperándolo pero no había pensado en lo que iba a hacer cuando saliera.

Se suponía que lo estaba esperando porque lo había arruinado, pero ¿qué se suponía que hiciera ahora? No aceptaría mis disculpas, así que tenía que pensar bien.

Mi nariz chocó contra algo duro y salté al ver a uno de los uniformados que hace rato estaba sentado en el escritorio frente a mí.

— ¿Qué tanto caminas jovencita?

¿Por qué todos usaban ese adjetivo? ¿Tan pequeña parecía? Tenía veintiséis años, ya casi que entraba a ser como la dulce viejecita. Okay, tampoco tan exageradamente pero no era una jovencita para que todos lo que se referían a mí me llamaran así.

—Espero a alguien—me apené.

—Puedes esperarlo sentada, estás mareando a todos con tus caminatas.

—Lo siento—me apené más. Me desplomé en la silla que tenía más cerca pero como si fuera un resorte me levanté de inmediato al ver al muchacho salir de donde lo habían llevado.

— ¿Lo esperas a él? —preguntó el hombre aún a mi lado señalándolo.

—Sí—asentí varias veces siguiéndolo al ver que había empezado a caminar hasta él.

—Tú, dijiste que no tenías familia—reclamó el hombre al muchacho, este sorprendiéndose de verme aún aquí.

—Ella no es mi familia—reviró. Todas las palabras que decía las escupía y ya hasta empezaba a molestarme.

—No puedo dejarte ir sin saber que alguien viene a buscarte y se quedará contigo. ¿Quién sabe cuando volverás a cometer otra locura de esas?

—Ni siquiera la cometí—refunfuñó.

—No te hagas el gracioso, sabes muy bien de que hablo

—Claro que sé muy bien de lo que habla, no estoy aquí porque yo quiera

—Mira jovencito, basta de tus ironías, no quieres meterte en más problemas

—Ya estaba metido en ellos antes de entrar aquí—los interrumpí, estresada de su pelea sin sentido.

—Lo llevaré a mi casa, para eso lo estaba esperando—hablé, llamando la atención de todos.

Dios mío, si de verdad existes, deberías mantener mi boca cerrada.

Capítulo tres

“—Basta de esas estupideces—dijo mi padre mientras lanzaba su mano con extrema rapidez hacia mi boca. Me fue difícil reaccionar al instante y tampoco creo que habría podido hacer mucho si hubiese pasado.

Un hilito de sangre se corrió entre mis labios y los apreté intentando evitar saborearlo.

Podía sentir como se hinchaba y arrugué un poco los ojos por el dolor.

—Estoy cansado de estas estupideces—repitió sacudiendo la libreta que había encontrado entre mis cosas.

Escondía un diario en una de las gavetas cerca de mi cama que ni papá ni mamá sabían que lo tenían. Hasta ahora.

No tenía con quien desahogarme así que simplemente buscaba la salida en alguna parte. En historias, en frases, en todo lo que pudiera hacer escapar a mi mente de mi realidad.

No escribía literal de mi existencia porque no me gustaba recordarme a mí misma las cosas triste de mi vida, pero sí amaba escribir para animarme.

Desde que empecé a hacerlo quise estudiar literatura pero sabía que era un sueño imposible. Un deseo intrínseco que se quedaría así y nada más.

La única que llegó a saber era mi abuela y siempre me animaba. Pero ella

no podía pasar por encima de las órdenes de mis padres, siendo ella aún parte de mi familia. Aún así, disfrutaba el saber que alguien podía disfrutar lo que escribía y me apoyaba a hacerlo.

Un nudo se me hizo en la garganta en cuanto con sus manos rudas destrozó el detalle de flores de la portada que tanto me había costado hacer. Siempre sentía satisfacción al verlo porque me había quedado precioso. Pero ahora no podía sentir más que tristeza.

—Espero no volver a encontrar otra cosa de estas, o te meterás en serios problemas ¿entendiste? —asentí, con miedo a que se me quebrara la voz al responder. Me asusté cuando su mano se dirigió de nuevo a mi cara pero esta vez sólo se detuvo a tomarme del cuello de mi franela — ¡¿Entendiste o no?!

—Sí señor —respondí viendo a mí madre teniendo un gramo de esperanza de que me defendiera.

Pero su cara dura como un féretro se limitó a no hacer ninguna expresión.

Cruzó sus brazos e hizo sonar sus tacones contra el piso y no pude hacer más nada que desplomarme allí, sola.

Como siempre.”

No sé porque había dicho eso pero el oficial tenía razón. ¿Y si quería cometer otra locura de esas? No es que debiera entrometerme en eso pero en teoría era mi culpa. Si no hubiese interferido, no estaría aquí y ni siquiera tendría que estar firmando unos papeles para poder salir con él de la estación de policía.

Pero vamos, ¿cómo no iba a interferir?

—Puedes irte ya—dijo indiferentemente el mismo hombre con el que había chocado y le sonreí en cortesía— Nada de estupideces en lugares públicos.

—Gracias por la información, me aseguraré de que sea cerrado esta vez—mis ojos se abrieron como platos y el oficial metió las manos en sus bolsillos. Fruncí los labios sintiendo algo de vergüenza y toqué con mi dedo al muchacho para que nos fuéramos.

No se percató de mi tacto pero él sólo entendió el mensaje así que ya nos encontrábamos saliendo de allí. Había comenzado a oscurecerse y lloré internamente porque peor que cruzar el puente, era cruzarlo de noche. El frío estaba más fuerte y me aferré a mi suéter que no dejaba de sentir alivio porque había logrado desenredarlo. Pero mis piernas seguían descubiertas y tampoco me había bañado en todo el día. Mi estómago sonaba porque mucho menos había comido al pasar todo el día allí y suspiré porque incluso sueño tenía.

—No entiendo muy bien él porque estás siguiéndome pero como sea, creo

que hasta aquí llegamos

Su cabello había tomado un aspecto gracioso despelucándose solo en la parte de arriba y sus mejillas estaban sucias por haberse pegado a las vallas. Era muy pálido, así que notaba a kilómetros de distancia.

—No estoy siguiéndote, sólo quería ver que podía hacer por ti allí

—No deberías hacer eso, no creo que pudieras arruinarlo más

—No seas tan arrogante, hice que pudieras salir de ahí—me quejé ante su mal trato. No me había ido de la casa de mis padres para tener que aguantarme las mismas altanerías en otro lado. Ni para sentirme poca cosa debido a un muchacho estúpido.

—Para empezar ni siquiera debí haber entrado allí—reviró, casi que chillando — es tú culpa que ese estúpido grandulón me haya traído aquí por “desorden público”. Es tú culpa por haber “intentado ayudarme” —cada vez que hacía las comillas con los dedos no sentía más deseo que rompérselos — así que no es algo que precisamente quiera agradecerte.

—Tampoco es mi culpa que hayas querido suicidarte, se te olvidó ese detalle —dije, molesta y su expresión cambió. Me arrepentí al instante porque no era algo con lo que tenía que reclamar pero me sentía enfurecida con su actitud de niño malcriado.

Metió sus manos en los bolsillos de su suéter e imité su acción por segunda vez en el día, el silencio apoderándose de la noche. Ninguno de los dos se movía y mi estómago sonó de nuevo llegando hasta sus oídos. Bufó y en su cara apareció lo que creo fue una sonrisa. Sonreí también y al darse cuenta del momento en el que estábamos inmiscuidos su cara de arrogancia volvió a la normalidad.

Rodé los ojos y coloqué mi boca hacia adelante.

— ¿A dónde irás ahora? No podemos quedarnos afuera por siempre

—Siempre es una palabra muy grande. Lo de que no tenía familia no era mentira, no tengo a donde ir—fruncí los labios. Entristecí un poco porque a pesar de que yo no quería volver a que mi familia, debía ser duro el saber que no tenías. Aunque no me imaginaba ni quería imaginarme el porqué no tenía.

— ¿Y amigos? ¿No tienes amigos por aquí?

—¿Crees que si tuviera algo como eso hubiese intentado lanzarme de un puente del que no sabía si podía matarme o simplemente quedar inútil para el resto de mi vida sin importarme ninguna de las dos? —Mi boca se había secado como si hubiera sido yo la que había hablado y él me dedicó una mirada de suficiencia— Bien, sabía que no responderías eso. Pero por si te da curiosidad, no. No tengo amigos tampoco. No tengo donde ir. Así que puede que si me quede aquí afuera o me vaya a...—lo interrumpí.

—No—lancé de repente imaginándome a donde estaba pensando ir y mi estómago se revolvió no precisamente por el hambre. Quedó estupefacto, sin saber porque lo había interrumpido y suspiré, algo estresada—puedes venir a mi casa, debes tener hambre—con tal, ya lo había pensado como algo verdadero. De hecho, pensé que era verdad hasta que salió con su actitud estúpida.

—No te conozco

—No creo que puedas ponerte a elegir porque no tienes opción

—Si la tengo—resopló.

— ¡No!—volví a lanzar y saltó— iremos a casa.

—Como quieras, no me importa.

Apreté mi puño queriendo darle una bonita ubicación en su boca y caminé delante apresurando el paso queriendo llegar lo más antes posible.

Bien, si había una persona que estaba realmente loca aquí, esa era yo. Y no había duda de eso.

Habíamos llegado a la parte del puente, que en realidad no quedaba tan lejos de la estación de policía y un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies al recordar lo que había pasado en la mañana, el cómo casi saltaba de allí. Lo miré para asegurarme de que estuviese a mi lado y no se hubiese escapado y

respiré profundo.

Me acerqué más a su cuerpo tanto por mí, porque tenía miedo, como por él, que aunque su semblante era relajado sabía que luchaba por dentro.

No lo decía por decir, sabía cómo se sentía aunque él creyera que sólo era loca por haberle “arruinado” eso.

Mordí mis labios cuando íbamos llegando al medio del puente y lo escuché toser a mi lado. Junté mis manos y caminé apresurada intentando que él me siguiera el paso para no pasar más tiempo a oscuras en ese espacio. Pero sus pies se movían a la velocidad de una tortuga cansada.

Me estaba impacientando así que tomé su brazo y lo halé para que se apurara. No me quitó el agarre pero en su expresión no se veía como que estuviera contento porque lo tocara. Al diablo, no iba a complacer sus caprichos por encima de mi salud emocional al pasar más tiempo buscando que me diera un infarto.

Mi casa sólo quedaba a unas cuerdas del puente, el llegar no tardó mucho.

Siempre dejaba la llave en un lugar que supuestamente era secreto así que lo hice voltear para buscarla. Frunció el ceño y obedeció mientras tropezaba con las plantas de la entrada intentando encontrarlas sin luz. Un sonido metálico atrapó mi oído y como pude las tomé.

Abrí la puerta chocando contra el marco y escuché su risita detrás de mí.
Bien, al menos se reía.

Encendí la calefacción antes de sentir que mi cuerpo se congelaría y él en cambio halaba el cuello de su suéter como si buscara no asarse dentro de sí mismo.

—Hace algo de calor—dijo.

—Puedes sentarte si quieres.

—Estoy bien así—murmuró y acto seguido se sentó. Rodé los ojos ante su extraño comportamiento y como instinto fui hacia la cocina a prepararme algo. Mi estómago seguía sonando y si no comía lo más posible era que me desmayara.

—Tienes muchos libros—dijo poniendo atención a la pequeña biblioteca que había hecho poco después de mudarme.

No había comprado jalea así que tendría que conformarme con cereal, si no quería morirme ahora. Alcancé una taza para obviamente no dejarlo por fuera y destapé otra caja debido a que esta le quedaba poco.

—Estudié literatura

— ¿Te graduaste?

—Mi título está puesto en la pared—sonreí al hecho de que no lo hubiese

visto. Entrecerró sus ojos como si le costara ver de lejos y asintió volviendo su vista a la biblioteca. Tomó uno de los libros que estaba puesto detrás de casi todos y volvió a asentir, como a manera de aprobación, lo que me pareció muy gracioso.

— Romeo y Julieta, un clásico.

— ¿Está ahí? —Me sorprendí— No recuerdo haberlo dejado entre esos

— ¿Te gusta?

—Es algo dramático e irreal—dije encogiendo los hombros.

Antes hubiese sufrido de un ataque de pánico al haber tenido que responder porque en casa me habían acostumbrado a no dar mi opinión para nada. Y a andar sola todo el tiempo. Hasta dejé de hacer grupos de tareas en mi antigua carrera, antes de literatura, desde que mis papás me dijeron que yo era capaz de hacerlo sola y no necesitaba esa clase de compañía porque sólo me hacía ver dependiente de los demás. No estaba acostumbrada a que hicieran preguntas acerca de lo que pensaba u opinaba así que no podía deducir entre si era incómodo, raro o si simplemente debía dejar de pensar tanto y responder y continuar una conversación como una persona normal y suficiente. Tenía muchos problemas para comunicarme por culpa de eso, pero tuve que salir de ese hueco al estudiar literatura, que era lo que realmente quería estudiar.

Mi anterior carrera era Ingeniería, la que mi padre quería que tomara porque había sido la misma que él había estudiado. Pero a pesar de haber aprendido mucho nunca le agarré el amor que debía. Y mucho menos sabiendo que sólo lo hacía para complacerlo a él.

Era hija única, así que el dolor de cabeza de tener que soportar sus tratos se quedaba sola y exclusivamente para mí.

Había logrado tomar la carrera en cuanto pude establecerme como debía al mudarme y casi que podía volver a sentir lo emocionada que había estado en ese tiempo.

—Si es dramático, pero no me parece tan irreal. ¿Por qué te parece irreal?

—El hombre se suicida porque su amada está muerta. Eso no pasaría en la vida real

— ¿Cómo sabes eso?

Pum, fuera de base. En realidad no lo sabía. Sólo no lo veía como algo que de verdad pasara. Aunque para ser sincera me asustaba un poco que ese fuera su caso y estuviese entrometiéndome en temas más allá de mi alcance.

—Es verdad, no lo sé. Pero ese hecho no implica que pueda ser algo digamos, imposible. Las personas son egoístas, piensan en sí mismos, no es algo que alguien fuese a hacer de verdad.

—Buen punto, en eso tienes razón. Pero el amor te hace cometer locuras y este personaje es el claro ejemplo de ello.

—No sé nada de eso—confesé sinceramente. Sus dedos seguían hojeando el libro y casi que ni se veían porque el suéter que tenía puesto se los tapaba. Lo detallé y casi que caigo hacia atrás como el pájaro de las historietas cuando vi que lo tenía escrito en letras grises era “No pienses tanto” al frente.

—“Ved como muere en el pecho de Romeo la pasión antigua, y como la sustituye una pasión nueva—comenzó a leer llamando completamente mi atención. Acto segundo, si no me equivocaba— Julieta viene a eclipsar con su lumbre a la belleza que mataba de amores a Romeo. Él, tan amado como amante, busca en una raza enemiga su ventura. Ella ve pendiente de enemigo anzuelo el celo sabroso del amor. Ni él, ni ella pueden declarar su anhelo. Pero”—pausó señalándome con el libro como queriendo que continuara. Estaba algo enganchada con la manera en la que leía, tan quieto, tan calmado que me costó unos segundos que mi cerebro procesara su petición. Además, estaba actuando tan diferente al chico que había salido conmigo de la estación de policía hace unos minutos que de verdad me costaba asimilarlo.

—“Pero la pasión buscará medios y ocasión de manifestarse”—finalicé, intentando usar el mismo tono que él había utilizado.

— ¿Ves? Te daban un anticipo desde el principio. No era la pasión que

esperaban pero se manifestó—mordí mis mejillas y sonreí sintiendo como mis ojos se achinaban.

— Bueno, tal vez Shakespeare intentó hacerlo que no pareciera irreal, pero sigue siéndolo—rió mirándome fijamente.

Una cicatriz algo inusual en la zona del cuello llamó mi atención cuando su boca se expandió dejándola notar por completo y dirigí la mirada rápidamente a otra parte de su cara para no hacerlo sentir incómodo. El problema era que no sabía que mirar, porque mirar fijamente me ponía incómoda a mí. Tal vez habían sido las mismas vallas, se veía fresca como si estuviera recién hecha.

Mis ojos se pusieron sobre el centro de sus ojos para no mirarlos a ellos en específico. Era un truco que me había enseñado mi abuela al darse cuenta que era tan tímida y nerviosa. La gente creía que lo mirabas pero en realidad no era así. Era perfecto.

Ojalá estuviese viva para enseñarme más trucos como ese.

Pero todo lo bueno se acaba. Mi abuela murió en paz, como cuando ya simplemente no te queda más vida por vivir. No me sentía tan triste por ella, porque sabía que había sabido pasarla en grande. Mi abuela era tan agradable que no entendía porque mi mamá era todo lo opuesto. Una buena mujer dentro de lo que cabía, pero tosca y orgullosa, creyéndose soberbia por sobre

todas las cosas. A veces parecía más ella una abuela amargada que lo que era, mi propia madre. Abuela Magda siempre tenía una sonrisa aún cuando las cosas malas pasaran, lo único que hacía que quisiera estar en casa pero mi felicidad sólo pudo durar hasta que cumplí los trece años.

—Para haber estudiado literatura sigues siendo estúpida, por eso pregunté si te habías graduado.

De vuelta el arrogante inepto. Mi cabeza ardió ante su comentario pero preferí quedarme callada. No era necesaria una discusión y mucho menos el rebajarme a ese nivel.

—Aquí está tu comida, es poco pero es lo único que tengo por ahora.

—Qué bonito—murmuró acariciando la taza que le había pasado— gracias.

Sus cambios de humor me provocaban cierto dolor en el cuello pero de verdad estaba muy cansada como para entrar en controversias.

— ¿Cómo te llamas?

— ¿Disculpa?

—Tu nombre, ¿cómo te llamas? —preguntó, sus mejillas llenas de cereal. Ladeé la boca porque no estaba muy orgullosa del que habían elegido ponerme pero imitándolo comí y respondí.

—Dolly

— ¿Qué? —sonrió.

—Dolly, mi nombre es Dolly —repetí, aún sabiendo que sí me había escuchado.

—Muñeca—un cereal cayó de su boca al sonreír con todos los dientes y salieron todos los que yo me estaba comiendo al reír— Iu—murmuró, sin quitar la sonrisa.

Era cierto que mi nombre hacía referencia a Muñeca en inglés. Pero nadie que yo conociera lo había notado. A pesar de no ser un nombre muy común donde vivía.

—Algo así —me encogí de hombros intentando limpiarme la barbilla — ¿y el tuyo?

—Colton —mm, bonito.

—Lo eligieron bien —aprecié.

—A ti también, si fueras un poco más linda —rodé los ojos.

—Gracias

—No era un cumplido

—“No era sarcasmo” —coloqué la voz en mofa y frunció los labios.

Recogí su taza al notar que ya había terminado y la lavé junto a la mía. Me

quejé un poco cuando el agua recorrió mis dedos y me di cuenta de las pequeñas costras que se habían formado. Debieron haber sido las vallas, o tal vez hasta los zapatos de Colton. Como fuera, no me moriría por eso. Me las quité, porque no soportaba verlas y limpié el chorrillo de sangre que se deslizó por mi mano.

Me quité las pantuflas que se veían realmente sucias y las puse con ayuda sólo de los pies cerca de la entrada a la cocina.

—Colton si quieres puedes...—me interrumpí a mi misma cuando lo vi con la cabeza puesta sobre el respaldo de los brazos y su cuerpo tendido completo en el mueble. Se había quedado dormido. No lo culpaba, hasta yo quería dormir. Me sentía agotada.

Sus manos se habían quedado dentro del suéter y aún dormido parecía que fuera a abrir la boca para decir algo insultante. Sus cejas estaban arrugadas y sus labios echados hacia adelante en un gesto algo gracioso. Su cabello seguía revuelto y me acerqué como si me apretaran un botón que me indicara ir a acomodárselo. Movié su cuerpo como si fuera a despertarse y me alejé asustada de que se levantara y se diera cuenta de que lo había tocado. Nunca hacía eso. No me gustaba tocar a la gente ni que la gente me tocara a mí, pero sentí la necesidad de aplastar esos cabellos rebeldes que no pude contener.

Suspiré de cansancio y recordé que yo aún no me había bañado. Le eché un

vistazo a Colton de nuevo y caminé hasta el baño. Había tenido que acomodar todo el desastre que había hecho Diana cuando se estuvo quedando aquí.

Diana nunca fue de padres difíciles, de hecho, la envidiaba un poco porque mis tíos eran personas agradables. Mi tía Marie me recordaba a mi abuela, hasta creo que ella debió de ser así cuando era joven. Pero los humanos nos caracterizamos por ser inconformes y no podía juzgarle eso, no era quién para hacerlo. Ni tampoco para negarle la ayuda. Porque aparte de ser mi familia, había sido una de las pocas que se había atrevido a hablarme en las visitas familiares que obligados mis padres hacían, a pesar de saber mi relación paternal y lo que eso conllevaba. Osea, nada de amistades. Diana era una de las más pequeñas de mis primas, hace poco cumplió diecinueve. Decidió escaparse de sus padres, sin decirme nunca por qué ni cómo había logrado contactarme y necesitaba un refugio hasta que encontrara donde quedarse y se estabilizara. Me vino muy bien, porque siempre estoy sola aquí. Desde que terminé la carrera, dejé de relacionarme con personas, justo como en mi vida anterior. La diferencia, que no había nadie que me lo estuviese ordenando. En realidad no había sido malo, pero no podía arriesgarme a que la encontraran y como consecuencia de eso me encontraran a mí. Lo mejor de todo era que ella lo sabía y no se tardó en buscar donde vivir. Diana había acabado de cumplir los diecinueve, así que prácticamente se había escapado de casa a los

dieciocho. Era una chica dura. Yo sólo era Dolly, un saco de miedos. Que había tenido que irse, no porque lo eligiera.

“Tener miedo es de valientes” sonó en mi cabeza y mis vellos se erizaron. Viejos recuerdos. Lo único de valor que había aprendido de él.

El agua estaba fría y me quejé al principio pero después de un rato me acostumbré a la sensación. Delicioso, casi que podía morir aquí.

Era gracioso porque tenía que cambiarme de pijama a pijama y no era algo que hubiese planeado. No era una obsesiva compulsiva, pero me gustaba tener mis cosas en orden y preparadas. Viejas manchas de personalidad que tal vez se quedarían para toda la vida.

Tomé un camisón de la gaveta y me metí en él como pude ya que ya me quedaba un poco pequeño. Mi cabello seguía mojado y me hacía cosquillas en la espalda.

Sábanas, Colton tenía calor al llegar pero era poco probable que aún tuviera. No tenía más limpias a parte de la que nunca usaba porque tenía un dibujito de princesas tejido así que fue esa la que tomé junto con la que estaba utilizando ahora. Con tal de que lo hiciera sentir tibio bastaba.

Bien, seguía dormido, justo en la misma posición. Desdoblé la sábana de niña y la tendí sobre su cuerpo. Frotó su cuello contra ella al sentir la sensación del caliente y sonrió. Mis ojos se achinaron al verlo tan quieto y me quedé

sentada mirándolo.

Tenía miedo de que despertara y se le ocurriera intentar otra cosa de nuevo, así que lo menos que podía hacer era dormirme y dejarlo sólo. Estaba claro que no estaba estable, así que cualquier cosa que pensara, imaginara o incluso que recordara podía hacerle daño y el hecho de que lo hubiesen detenido no iba a pararlo al querer cometerlo otra vez.

La depresión y los intentos de suicidio no eran simples estupideces. Me molestaba cuando lo decían de esa forma. Pero poco a poco había ido aprendiendo que tampoco era la solución. Tuve que aprenderlo por mí misma. Y con esfuerzo.

Me asustaba un poco aunque no tuviese ningún contacto ni fuera cercana a él. De hecho, pasaba por un simple desconocido. Pero estaba en mi casa, mi mueble, con mis mantas y hasta en un ataque de súper heroína lo había salvado. Se me erizaba la piel de solo pensar que lo haría de nuevo.

El problema era ¿cómo iba a separarme de él si no quería alejarme?

Capítulo cuatro

“Había caminado por lo que parecieron años, a pesar de tener la universidad tan cerca de casa. Miré la hora y mi estómago se revolvió al ver

que ya era mucho más tarde de lo que había planeado llegar. 2:30. Una hora más de lo acordado de todos los días. Si llegaban a verme llegando a esta hora, iban a matarme. Empujé la puerta y respiré profundo al entrar asegurándome de que no estuvieran esperándome. Todo se escuchó callado. ¿Habrán salido? Me pregunté a mí misma deseando que la respuesta fuera sí.

Alcé la cabeza para ver por encima de la sala y fruncí el ceño cuando no encontré a nadie. Qué extraño, pensé. Cerré la puerta detrás de mí volteando para trancarla y una sensación horrible apreció cuando al voltear, mi padre estaba de frente con sus brazos cruzados. El impacto fue como de una cubetada de agua fría.

— ¿Qué haces llegando tan tarde? —habló, con su típica voz gruesa. Nunca le había escuchado otro tono de voz. Era como si estuviera desarrollada específicamente para dar miedo.

—Tenía que hacer unas cosas— mala idea. Papá odiaba que no fuera concreta.

— ¡¿Qué cosas?! —gritó. Bajé la cabeza por el bombazo aún sabiendo que lo haría y fruncí los labios.

—Unas cosas de la universidad. Tenía que estudiar con un libro en la biblioteca porque no podía traérmelo—cada vello de mi piel estaba erizado y

cada neurona estaba a punto de explotar de miedo. Me asustaba mucho mentir porque sabía que sabrían cuando lo estaba haciendo.

—Tus orejas están rojas—quitó el cabello con rudeza de allí— estás mintiendo.

—Es verdad—respondí, otra mala idea. Papá odiaba que fuera contestona. Aunque nunca lo había sido.

—Mentirosa—haló mi oreja e intenté no chillar por el dolor que provocaba ya que lo hacía con sus uñas y cerré los ojos— Es la primera y última vez que llegas después de la hora. No me importa que tengas que hacer—escupió — arriba. A estudiar a tu cuarto.”

Golpeé el sillón con mi cabeza donde estaba sentada al darme cuenta que me había quedado dormida cuando sentí el frío de la ventana justo en mi cuello. Lo primero que hice fue dirigir la mirada hacia el mueble y mi pulso se aceleró como una ametralladora al no ver a Colton ahí. Por dios, era mi culpa. Si le pasaba algo, sería mi culpa. No me lo perdonaría nunca. Mi frente había comenzado a sudar y podía sentirlo por el caliente que despedía mi cara. Se suponía que no tenía que quedarme dormida, debía estar ahí, vigilándolo, pendiente de que no le pasara nada. ¿Qué clase de ser humano horrible era?

Me levanté apresuradamente esperando a que se hubiese acabado de ir y resbalé con mi propia manta.

— ¿Dolly? —escuché y cerré los ojos, en una mezcla de alivio y dolor por mi boca pegada contra la cerámica —Por dios, ¿estás loca? —Sus manos se aferraron a mi brazo ayudándome a levantar y mis piernas temblaban miedosas de volver a caer — ¿Qué pasó?

Tenía tanta vergüenza atrapada porque descubriera que estaba tan preocupada que no pude ni medir mis movimientos y sólo pude asentir, su cara pasando a confusión total. Rodó los ojos y me soltó con cuidado caminando hacia donde estaba antes de mi caída triunfal. Al menos su expresión había sido de asombro y preocupación y no de risa, como en realidad esperé que fuera.

— ¿Quién es ella? —lo oí preguntar cuando sus pisadas cesaron y después de limpiarme el polvo de mi bata volteeé para ver a qué se refería. Sostenía en las mangas de su suéter la foto que tenía colocada en la biblioteca junto a mis libros favoritos —Que tierna es.

—Es mi abuela Magda —lo sé, era muy tierna, dije en mi mente. Caminé hasta él y me coloqué a su lado visualizando la foto también. Mi abuela posaba a la cámara sonriente y llena de vida, con un vestido rosa y el collar de perlas que tanto le encantaba.

—Tienes suerte, yo no conozco a mis abuelos.

Alcé las cejas porque sus palabras tuvieron cierto efecto en mí. No me consideraba una chica con suerte, ni mucho menos. Pero escuchar esas palabras de su parte porque él no había tenido eso que si tuve yo me hizo sentir algo grande.

—Murieron antes de que yo naciera —continuó — Pero quise haberlos conocido. Los adultos siempre tienen buenas historias que contar. Y los abuelitos que son mucho más adultos, pues, deben tener muchas más —su boca se expandió. No pude evitar sonreír por lo contagiosa que se volvía y se sintió bien.

Había amanecido de buen humor, eso era una buena señal.

—Yo sólo conocí a esa abuela —hablé — Empezó a vivir con mis padres cuando su esposo, mi abuelo, murió. Así que siempre estaba en casa —omití el detalle que ya ella también estaba muerta.

— ¿Mamá de tu mamá?

—Ajám —asentí.

— ¿Y tus otros abuelos?

—También murieron antes de que yo naciera.

—Bueno, tu historia se parece un poco a la mía. Eso lo hace otra historia. Podrás contarles este episodio a tus hijos cuando puedan canalizar lo que

dices —reí por lo que había dicho y me tranquilé al instante. Un bajón emocional me atacó sin piedad y él de repente pareció sentirse incómodo también por lo que había dicho. Tragué saliva sintiendo como un caliente recorría mi nariz y quise alejarme de inmediato. Sus ojos se cristalizaron y mi corazón se arrugó al recordar el pasado.

Perfecto, volvíamos a la misma situación. Quitó su mirada de la mía y fingió seguir viendo las fotos. Sacudí mi cabeza porque no era la idea desplomarme ante alguien que evidentemente ya lo estaba y raspé mi garganta.

—Iré a preparar el desayuno—dije intentando romper la extraña tensión que se había formado. Asintió varias veces sin mirarme y suspiré.

Abrí las gavetas de la comida y eché la cabeza hacia atrás soltando un quejido al acordarme de que no había comprado nada. No sabía cómo había podido sobrevivir sin hacer mercado estos días. Tal vez y si extrañaba un poco a Diana, no tuve yo que cruzar el puente en esos días porque siempre estaba dispuesta a ir ella.

Me fui por las otras gavetas y encontré nada más que un fúnebre vacío. Sólo estaba la estúpida jalea de mango, los panes de sándwich y más cereal. La saqué para al menos prepararle algo a Colton y escuché un murmullo al verme tomarla.

— ¿Estás bien? —fruncí el ceño.

— ¿Vas a hacer algo con eso? —lo señaló despectivamente.

—Pues, planeaba hacerte el desayuno

—No quiero ser exquisito Dolly, pero soy alérgico a esa cosa—dijo su boca ladeada y sus ojos arrugados.

— ¿De verdad? —sonreí, emocionada.

—Sí—respondió, extrañado por mi alegría.

— ¡Yo también lo soy!

—Te felicito pero no es algo por lo que yo me emocionaría

—Lo siento—negué con la cabeza— es que todos en mi familia tenían una especie de obsesión por esta jalea en específico y nunca había conocido a alguien que fuera alérgico también.

Debía detenerme. Demasiada información.

—Eres extraña Dolly

Le dediqué una sonrisa de medio lado. Sí, lo había sido. A pesar de haber dormido bastante los ojos de Colton se veían como si no se hubiesen cerrado en años. No entendía si quiera como podía hablarme con tranquilidad, deduciendo como posiblemente se estuviera sintiendo.

Bien, ahora tenía un problema más grande. Si no hacía mercado, tampoco

podría hacerle de comer a Colton, lo que significaba que sí tenía que cruzar al otro lado.

Y más importante, no podía dejarlo sólo. Es más, no debía dejarlo sólo. Así que tenía que pensar en cómo haría para llevarlo. No estaba muy segura de que quisiera acompañarme. Tenía un mal semblante y se veía como si ni siquiera quisiera respirar. Se había movido hasta el sillón donde yo había dormido y su cabeza estaba hacia abajo y sus manos puestas a los lados. ¿Y si sólo no iba a comprar y ya? ¿Y me quedaba contemplando como moríamos lentamente de hambre?

¿Y sí sólo dejaba de hablar en mi cabeza?

— ¿Quieres hacer mercado conmigo? —susurré cerca de él, de modo que pudiera escucharme y aunque no cambió su semblante me respondió de nuevo con serenidad.

—No tengo más nada que hacer—hizo obvio como si me lanzara una cachetada. Wow, al menos pareció fácil.

—Está bien, entonces voy a vestirme y por favor no te muevas de aquí.

—Dolly, no tengo más a donde moverme.

Por dios, sonaba como mi madre. Asentí, corriendo hacia mi cuarto y tomé el primer jean y la blusa que conseguí lanzando el camisón a la cama. Sonreí al

ver todo mi uniforme acomodado y por una milésima de segundo deseé volver al trabajo. Aún me quedaba un mes de vacaciones y no sabía qué hacer con mi vida durante ese período.

Había conseguido ese trabajo fácil cuando me mudé aquí y sólo tenía que caminar un poco para llegar a él. Y lo más bueno de todo, sin cruzar el bendito puente. Era una pequeña aunque concurrida papelería. No era lo que esperaba al haber estudiado literatura pero de algo tenía que vivir y más cuando había decidido mantenerme yo sola.

Era un verdadero reto, porque a pesar de mis padres querer encerrarme en una burbuja de aislamiento y meterme hasta los sesos su lema de “nacé sola, me quedo sola” nunca aprendí a hacer nada por mí misma.

Recogí mis llaves y mi bolsa y al asegurarme de que Colton seguía ahí le insinué que nos fuéramos.

Capítulo cinco

“Ayer soñé con volver a verte. No me malentiendas, no es que no lo imagine todo el tiempo. Pero es que verte en mis sueños, lo hace sentir más real.

No te he olvidado. No creo hacerlo tampoco.

Hoy recibí mi título. No pude evitar pensar en cómo sería haberte visto sentado haciéndome porras. O recibéndome con un abrazo al bajar de la tarima.

No pude evitar pensar cómo sería mi vida si aún estuvieras conmigo.

Pero lo arruiné.

Y de eso, cariño mío, puedes liberarte de toda culpa”

No estaba segura de cuantos años tenía Colton pero lo más posible era que fuera mayor que yo. No había podido quitarle la mirada un segundo cuando cruzábamos el puente y el mercado me parecía un lugar demasiado grande y público para él. Lo que menos necesitaba. Me lamenté mientras movía mi carrito por el pasillo más concurrido sintiendo asfixia y buscaba algo que me pudiera servir para el almuerzo de esta semana.

Las verduras del lado donde casi no había gente se veían tan bonitas que era casi imposible adivinar lo mal que sabían. Un tomate en forma de corazón me hizo sonreír y extendí mi brazo para tocar a Colton y enseñárselo.

— ¿Disculpa? —preguntó una voz que no se parecía en nada a la de él. Me sorprendí al ver al señor de gran contextura que había respondido en cambio a mi llamado y negué con la cabeza.

—Lo siento, creí que era un amigo—miré por detrás de él para llamar a Colton pero una señora y su hijo estaban en su lugar. Volteé al otro lado y un bullicio de personas se había formado en la zona de las carnes— ¿Colton? — Alcé la voz esperando que lograra escucharme— ¿Colton? ¿Dónde estás?

No entres en pánico. Estaba aquí hace unos segundos junto a mí así que no debía de haberse alejado mucho.

— ¿Colton? Sé que estás ahí, ¿puedes venir un momento? —las personas que estaban por el pasillo se hicieron a un lado al verme cruzando con el carrito y tragué fuerte al no ver por ninguna parte a Colton.

No entres en pánico Dolly, debe haberse entretenido con algo. Aparecerá ahora.

Miré a los lados intentando convencerme de lo que yo misma estaba pensando y me moví más rápido.

— ¿Colton? ¿Dónde estás? —grité, llamando la atención de todos los que estaban en el mercado. Había alzado la voz tan fuerte que era casi imposible que si estuviera cerca no me escuchara. Mi garganta se cerró por un momento al ver como todas las personas se dirigían a mirarme pero ninguna era Colton. Sabía que había sido una mala idea. No debí haber venido, ni habérmelo traído. Lo sabía, estaba segura de que era una mala idea.

Solté el carrito porque me impedía el paso por los espacios estrechos y quedé mal estacionado escuchando detrás de mí las quejas de las personas contra las que había chocado. No le presté atención y seguí caminando rápido mirando desesperadamente hacia todos los pasillos. Suéter gris, Colton tenía puesto un suéter gris. Debía concentrarme en buscar ese color por todos lados.

Como si fuera una respuesta del cielo inmediata alguien chocó contra mí y lo halé al darme cuenta de que lo cargaba puesto era gris. Se volteó a mí algo molesto por el impacto y me disculpé apenada al ver que no era más que uno de los vigilantes del lugar.

Oh no. De repente como una mala película cómica donde el único que no se reía era al que le tocaba hacer la parte ridícula montones de franelas grises comenzaron a aparecer por todos lados como si hubiesen mandado a los vigilantes a reunirse para desgraciarme más la búsqueda.

Ya mis intentos de no entrar en pánico habían fallado y mi nuca junto con

parte de mi cara estaba sudada de la preocupación. Si seguía sufriendo estos ataques iba a morir antes de que él decidiera hacerlo por sí mismo.

Por dios, mal chiste. Muy mal chiste.

Uno de los vigilantes que había visto hace rato, pero al parecer no con el que había chocado, tocó mi hombro.

— ¿Está bien señorita? —me llegó de frente, su ceño fruncido.

—Colton, no consigo a Colton—repetí desenfrenadamente como si el supiera de que se trataba.

—Está pálida señorita, necesito que me calme primero—frotó mi cuello—
Encontraremos a su hijo, pero debe esperar aquí y no preocuparse.

—No no—alcé la voz, mi lengua enredándose— Colton no es mi hijo

— ¿Su sobrino? Eso no es muy importante señorita, igual tendremos que encontrarlo

— ¡No!—chillé—no es un niño

— ¿Su abuelo? —la vena de mi frente estaba a punto de explotar y puse las manos en mi cara para respirar y que el oxígeno no se fuera completamente de mis pulmones. Abrí los ojos dispuesta a explicarle cuando de lejos me pareció ver el cabello de Colton y empujé ligeramente al vigilante para correr hasta él.

— ¿Colton? —grité de lejos esperando con todas mis fuerzas que sí fuese él.

Volteó, su expresión cambiando en cuanto me vio.

— ¿Por qué estás así? —dijo, imaginé que refiriéndose a mi semblante.

— ¿Dónde estabas? —me quejé.

—Te dije que iría al pasillo de los helados.

—No me dijiste nada—mis cuerdas vocales parecían a punto de reventarse por lo aguda que se escuchaba mi voz y mi pecho subía y bajaba de manera repetida— Casi me matas de un infarto.

— ¿Por qué?

— ¡No sabía dónde estabas! —ya había explotado.

Mis orejas enrojecieron al escuchar el tono con el que le estaba hablando. Colton ni siquiera era mi amigo, como para decir que era la confianza que teníamos la que me hacía poder hablarle como quisiera. Al contrario, era un simple desconocido que me estaba provocando pre-infartos al salirse de mi vista donde pudiera estar segura de que estaba bien. Eso no debía pasar. No debía hablarle de esa manera.

El que estuviera preocupada no me daba el derecho.

—No voy a matarme en un mercado Dolly—respondió con absoluta tranquilidad, sin cambiar su expresión, como si hubiese adivinado mis

pensamientos. Mis cejas se alzaron y casi me atraganto con mi propia saliva —no encontraría con qué tampoco—finalizó pellizcando sus cachetes con su boca.

Si no quería que mi oxígeno se fuera de mis pulmones eso lo había logrado. Ya no había.

Para mi suerte había podido encontrar el carrito intacto tal y como lo había dejado, con las cosas que había elegido. Cuestión que se me hacía más sencilla para poder salir de allí rápido y no tener que escoger todo de nuevo.

No hablé durante todo el camino hasta la casa porque de repente no supe qué decir. Era cierto que estaba preocupada por Colton, pero no era la idea de que él lo supiera. Eso sólo lo hacía sentir como si no fuera capaz de cuidarse sólo. Y aunque era verdad, no debía saberlo de esa forma.

Desempaqué todas las bolsas guardando la comida en su lugar y Colton se sentó junto a la biblioteca tomando la foto de mi abuela de nuevo.

Mis ojos se cerraban a medida que caminaba debido a que había dormido poco anoche. Moje mi cara con un poco de agua fría y me senté diagonal al sillón en donde estaba.

—Te pareces a tu abuela—soltó masticando un pedazo de pan que le había

dado.

—Claro que no

— ¿Por qué no?

—Mi abuela era preciosa

— ¿Y eso que tiene que ver?—sonrió. Pellizqué mi boca.

—Qué no soy preciosa—sonreí tristemente.

—Mira sus ojos Dolly—acercó la foto a mi cara como si no la hubiese visto suficientes veces—Son idénticos a los tuyos.

—Está bien, está bien, tal vez si me parezco un poco a ella—reconocí. Los ojos de mi abuela Magda eran achinados, igual que los míos. Disfrutaba el verla sonreír porque se arrugaban más de lo normal y se veía demasiado tierna.

— ¿Te pareces a tu madre también?

—Para nada—dije sin evitar pensar en que se refería a su personalidad sabiendo muy bien que no me lo había preguntado por eso.

—Yo me parezco a mi padre—dijo, acariciando la foto de mi abuela con su pulgar— No conocí a mi mamá—mi boca se abrió por un segundo y la cerré para no hacerlo sentir incómodo. Sentí tristeza al escuchar decirlo pero su expresión seguía sin cambiar desde que habíamos salido del mercado. Era

hasta inquietante su serenidad. No había dicho nada arrogante ni grosero. E incluso intentaba iniciar conversaciones. No era posible que se sintiera mejor de un día para otro pero no iba a cuestionárselo.

— ¿Por qué? —Se me salió y me arrepentí al instante—lo siento, tal vez no quieras hablar de eso.

—No la conocí Dolly, no me duele. No puede hacerme daño algo que ni siquiera supe que era

—Lo siento—me disculpé de nuevo, sus palabras siendo como un flechazo.

—Murió al darme a luz, no lo resistió o algo así.

—Wow—entristecí, mi corazón empezando a arrugarse— ¿no hubo manera de salvarla?

—Tenían que elegir, o mamá o yo. Y si no hubiese sido por su voluntad, hoy no me tendrías aquí—chocó las manos contra sus piernas. Sus cejas se arrugaron al verme— ¿estás llorando? —moví como un rayo mi mano hacia mis mejillas y me sorprendí al encontrarlas mojadas.

—No—respondí, haciéndome ver estúpida ocultando lo evidente. ¿En qué momento había empezado a llorar?

— ¿Fue algo que dije?

—No—me apresuré a contestar—claro que no.

“¿Elegir? No hay tiempo para algo como eso. No nos importa si es tu vida o la de ello.”

Mi pecho se apretó cuando el bajón emocional que me había dado el día anterior volvió a aparecer inesperadamente y sacudí la cabeza intentando hacerlo desaparecer. Fallando, justo como en los últimos seis años.

— ¿Dolly?

—Dime—cerré la boca en cuanto me escuché hablar, porque mi voz se oía bastante deplorable.

— ¿Estás bien?

—Sí—asentí varias veces, buscando que volviera a salir esa imagen de mi cabeza.

—Siento haber sido tan grosero ayer—eso me hizo reaccionar y fruncí mis labios sintiendo el sabor salado de mis lágrimas.

—Entiendo que estuvieras molesto, estar en una estación policial no se ve como algo entretenido

—No lo es—resopló—pero aún no lo entiendo.

— ¿Qué?

— ¿Por qué hiciste eso? Lo del puente.

— ¿Por qué me preguntas eso?

—Ya te lo dije, no lo entiendo

—No podía dejar que lo hicieras.

—Pero ¿por qué? —acercó su cuerpo apoyando sus brazos en las piernas.

—Estabas a punto de desgraciarte la vida Colton

—Mi vida ya estaba desgraciada, no estaba intentando nada

—No es la solución

— ¿Cómo lo sabes? —reviró.

—Porque lo sé

—Oye, eso no es una respuesta. Sabes muy bien la magnitud de lo que hiciste así que tienes que tener en cuenta la magnitud de lo que dices también

—Estaba ahí Colton ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Ver como tu cuerpo caía al vacío y cruzar el puente como si no hubiese visto nada?

— ¡Sí! —gritó, como si fuera obvio.

— ¿Estás loco? —chillé temblando solo de imaginarme tal escena.

—No me conoces Dolly, no tienes idea de quién soy. Puedo ser un asesino en serie o incluso un vil secuestrador y estás guardándome en tu casa sin tener en cuenta el peligro.

—No eres eso

—Sé que no lo soy—resopló rodando los ojos— pero no pensaste en eso. Sólo corriste a lo que creíste que era ayudar. ¿Cuál es el verdadero punto de esto? ¿Tenerme aquí hasta cuando?

Sus preguntas estaban haciendo que mi mente sufriera un colapso. La verdad no tenía ni idea. Junté mis manos antes de que fueran a mi cabello como solía hacer cuando me sentía estresada o nerviosa y cerré los ojos.

— ¿Crees que me dio tiempo de pensar en eso sosteniéndote con dos manos recibiendo nada más que patadas de tu parte? No podía pensar en nada más que salvarte en ese momento.

— ¿Y ahora? ¿Lo piensas ahora? —Fruncí los labios— No tengo nada Dolly, ni siquiera ropa con la que cambiarme y “comenzar” una nueva vida. Mírame —se levantó— Estoy desempleado, en la quiebra, sólo, sin familia, sin novia, sin hijo, sin nada. ¿Qué se suponía que debía hacer yo? —su energía se había desvanecido. Su pecho temblaba y se encontraba completamente débil— Las dos únicas cosas que tenía ya no están. Mi novia me quitó a lo único que me motivaba a ser mejor. Dime Dolly ¿cuál era la solución? ¿Realmente me salvaste de algo?

Capítulo seis

“—Dolly—dijo quedándose en la puerta.

—Mamá.

—Tu padre me dijo que llegaste tarde—lo sabía, no se guardaban nada. Sus uñas sonaban contra el marco de la puerta como si tararearan una melodía que gracias al cielo no pude descifrar. Sonaba tan macabra como se veía su expresión.

—Sí, es cierto—respondí intentando recordar exactamente qué era lo que le había dicho a mi papá para no arruinarlo en caso de que se le ocurriera preguntarme algo.

— ¿Sabes que eso está mal, verdad?

Sólo fue una hora, no.

—Sí—respondí, mintiéndome a mí misma esta vez.

—No quiero que nunca más vuelva a pasar, tú único deber, obligación y pasatiempo debe ser estudiar. Hacernos orgullosos— se acercó a la orilla de la cama y hizo lo que pareció una caricia en mi cabello que solo me provocó querer alejarme lo más que pudiera ante sus muestras de afecto falsas. Sus manos frías se enredaron en mi cabello y apreté mi pecho para intentar no respirar su extraño perfume —Porque para eso es que estudias.

—Sí señora—asentí, un nudo enorme en mi garganta queriendo salir a todo flote y decir lo que en realidad debía. Pero el miedo solo me hacía asentir y afirmar, tal y como ellos querían, como un títere.

—Perfecto—finalizó soltando mi cabello y haciendo sonar sus sandalias contra el mármol.”

Aquí estaba yo de nuevo. Cualquiera que me observara en este momento diría que no era más que un voyeur atacando a su presa. Pero me sentía tan triste por posiblemente haber arruinado más lo arruinado que ya estaba algo, que hasta el sueño que tenía se me había quitado y no podía hacer más nada que ver cómo dormía él.

El padre de Colton había muerto hace varios años y eso lo colocaba en la posición de no tener familia. No era de una familia rica ni mucho menos, su padre hacía lo que podía para mantenerlo en el tiempo en que Colton no

podía valerse de su propia mano de obra. Pero hace unos meses había perdido su empleo y se había quedado sin nada que ofrecerle a la que había sido la chica que vivía con él hasta hace unos días y a su hijo, que aunque el mismo sabía que no llevaban la misma sangre buscaba darle lo mejor. Ya habían tenido problemas y Colton sólo seguía con ella por el gran detalle que tenían en común. Su novia no podía seguir con alguien que no tuviera nada que darle ni a presente ni a futuro así que se deshizo de él, llevándose también con ella lo único que lo mantenía realmente vivo. No pude entenderlo más allá de eso porque se había desplomado por completo y no pudo continuar debido a que lloraba mucho.

Se había quedado dormido sin darse cuenta incluso creyendo que aún me contaba.

Era cierto, no podía comparar mi situación o incluso lo que yo había pasado porque sólo el que vivía su dolor entendía como era. Pero de verdad no podía hacerlo. Y seguía sin ser capaz de soportar la idea de pensar que podía ir en cualquier momento y dejar que su vida se fuera sin importarle.

No podía pensar en otra cosa más que en cómo arreglar lo que había hecho. Necesitaba hacer algo. No podía quedarme de brazos cruzados ni botarlo de mi casa al haberle dado un problema más de los que ya tenía. Ya era partícipe e incluso cómplice de esto.

Su pregunta no salía de mi mente. ¿De verdad lo había salvado de algo?

Eché mi cabeza hacia atrás y suspiré intentando encontrar paz entre tanto desastre de existencia. No tenía idea de en que me podía haber metido. Mi cabeza puyó contra algo y alcé la mano para averiguar que era.

Un cuaderno que usaba generalmente para escribir letras de canciones que adoraba apareció entre mis dedos y sonreí tristemente al ver la primera página. Estaba amarilla y arrugada debido hace cuanto tiempo lo había escrito. Entrecerré los ojos intentando leer lo que decía debido a que era algo difícil y el caliente en mi nariz apareció de nuevo.

“Era el proceso menstrual más tardío de su historia. Fue a una amiga del colegio, a la que le compartió su memoria. Le contó que dos meses atrás, con aquel muchacho fugaz, hicieron tremendo pastel en aquel viejo hotel. El anciano facultativo, después de las pruebas, anunció el positivo. Y para estas alturas, el futuro padre ya era un fugitivo. Y mientras un rotativo anuncia la trillada utopía de la deuda externa, esa niña le fabricaba a su pecho una sabia materna.

Llevas una estrella en tu vientre, llevas una vida que late, un posible ingeniero, roquero o escritor, quizás un bohemio, quizás un señor, quizá compositor, poeta, medio loco o trovador, quizá una idea, quizá una solución.

Ha buscado entre sus amigas el mejor de los consejos, que van desde una inyección hasta una sopa de cangrejos. Y, sin la menor preocupación, los médicos le dieron su cotización, mientras le anuncian en la tele otra devaluación.

Llevas una estrella en tu vientre, llevas una vida que late, un posible ingeniero, roquero o escritor, quizás un bohemio, quizás un señor, quizá compositor, poeta, medio loco o trovador, quizá una idea, quizá una solución.

A esa estrella en tu vientre, no le digas “detente, si lo hubieran hecho conmigo, hoy faltaría una canción...”

Cuando tenía diecisiete años había sido la protagonista de un hecho que ha marcado toda mi vida hasta ahora.

Era difícil levantarme todos los días sabiendo que había cometido uno de los pecados más condenados por la humanidad.

Pero no había tenido otra opción. Mis padres al enterarse no hicieron más que ponerme a elegir entre el niño y yo, sin importarle un comino ninguno de los dos. No tenía dinero para mantenerme a mí misma y mucho menos a un bebé. Al igual que ellos no se ofrecerían jamás a mantenerme y mucho menos a lo que llevaba dentro de mí. Sabía que no era suficiente excusa para arruinarle la vida a un ser que no tenía la culpa de nada.

Sólo había una culpable, y esa era yo. Pero tenía miedo, de verdad lo tenía. No soy una chica de muchas palabras y mucho menos de acciones. Así que me fui por el camino que muchos creerían el más fácil. Pero se equivocan, no lo es.

Es el que más te destruye.

Cuando me enteré me encontraba completamente atónita, incrédula y en la primera opción en la que pensé fue en el suicidio. Nada más pasaba por mi cabeza que deshacerme de mi vida. Pero si lo hacía, estaría deshaciéndome de otra vida que no tenía ni idea de lo que yo estaría cometiendo.

No podía quitarle la vida a alguien que no tenía la culpa. Así que escapé de mi casa, sin dejar rastro, ni nada. Tenía mis ahorros, pero solo bastaban para lograr moverme por un tiempo fuera de casa. Es lo más arriesgado que he hecho en todos los años de vida que tengo. No es que salir embarazada no lo fuera, pero de eso no estuve tan consciente como de irme por completo.

Era una chica muy tímida así que me fue difícil conseguir trabajo. Empecé de mesera en un viejo restaurante, logré estabilizarme y rentar este pequeño departamento. Pero en cuanto supieron que estaba embarazada la magia se acabó y tuvieron que botarme. Fue horrible, el estrés, más los dolores, más intentar conseguir trabajo otra vez. La única que supo de esto fue mi prima Diana, que me encontré por casualidad en un supermercado y fue la única

que me apoyó en momentos donde yo misma no podía soportarlo. Ella sabía que no tendría a mí bebé conmigo, pero que tampoco podía abortarlo. A pesar de que no se quedó por mucho tiempo conmigo, agradecí los minutos en los que lo estuvo.

Cuando nació, recordé esas viejas historias tristes donde los bebés son dejados en casa de adopción e hice lo mismo. Fui al único que conocía que quedaba cerca de mi pueblo natal y escribí una nota. ¿El padre del niño? Un chico estúpido del que me sentí estúpidamente atraída en una estúpida idea de creer que él me salvaría de mi infierno. Desapareció en cuanto le dije. No fue de mucha ayuda.

Toqué en mi vientre la cicatriz como solía hacer cada vez que recordaba lo que había pasado y sacudí mi cabeza intentando no pensar en eso para no sentirme mucho más triste de lo que ya estaba.

Hice caer mi cabello en el espaldar del sillón y miré a Colton que aún seguía dormido con la carita empapada como la canción de la oreja de Van Gogh.

Cerré los ojos imitándolo porque al fin y al cabo, al parecer tampoco resolvería nada despierta y Zeus me atrapó entre sus garras.

Capítulo siete

“Suelo preguntarme si algún día, me perdonarás.

No espero que puedas entenderme, porque tal vez tu cabecita no dé para eso.

Si te soy sincera no era algo que estuviese dentro de mis planes. Creo que ni yo misma he logrado saber perdonarme.

Lucho con el remordimiento cada día al levantar. Y aunque de verdad no espero que lo entiendas, hubiese querido llegar al día que me dijeras “mamá”.

— ¿Qué? —arrugó sus cejas impactado por lo que acababa de decir.

—He estado pensando en formas de arreglar este desastre y esta podría ser

una buena opción.

—Dolly llegué aquí sin saber cómo, no tengo idea de cómo volver

— ¿De verdad? —me sorprendí.

—Iba a matarme, no me importaba donde iba a ser, tomé cualquier opción—
mis hombros se encogieron dejando soltar el escalofrío que me habían
provocado sus palabras.

—Debes saber dónde vives

—Sé donde vivo—hizo obvio— no el cómo llegar allí ahora.

—Eso es lo de menos Colton—puso la mano en su cadera— Okay, no es lo
de menos pero podemos averiguar cómo rápido. El punto es que debes
recuperar a tu hijo

—Es una locura, Melanie—mencionó, que me imaginé que era su novia—
me botó y me prohibió verlo, no sé cómo pueda ponerse si vuelvo después de
eso.

— ¿Te rindes tan fácil? —su boca se ladeó y casi que pude ver su saliva
recorriendo su garganta— Tu también eres el padre de ese niño

—No lo soy en realidad

—Lo criaste, eres su papá. También tienes derecho a opinar sobre él, ella no
puede hacer eso.

—No lo sé Dolly, podría ser una mala idea. Podría salir todo mal, no quiero que él me odie

—Te odiaría si no vuelves

Sabía que podía ser una mala idea, pero no se me ocurría más nada que quedarnos aquí contemplando la miseria en la que se había sumido. Realmente se me acababa de ocurrir y de verdad estaba dispuesta en aventurarme con él a eso. Aunque fuera una locura y un riesgo.

No sé donde había salido ese espíritu sabiendo lo miedosa que era. Creo que era que no había más opción que la que él quería tomar. Y eso, como ya se sabía, me ponía los pelos de punta.

— ¿Y si él no quiere verme?

—No lo sabemos—palabras salían y salían de mi boca y sólo esperaba que no estuviera haciendo las cosas peores de las que ya estaban—sólo queda arriesgarse.

Riesgos, no había tenido idea de lo que había significado esa palabra desde que me escapé de casa.

—Él no merece un padre así—susurró, tomando su cara entre sus manos—pero merece un padre ¿verdad?

Asentí, sin saber qué decir en realidad y aunque no me estuviera viendo,

esperando a que aceptara la propuesta y pudiera motivarse a hacer algo que lo hiciera querer recuperar sus fuerzas.

—Pero no deja de ser una locura Dolly—se levantó—tengo miedo de hacerlo solo.

—No estarás sólo, yo te acompañaré

— ¿En serio?

—Todo este lío es mi culpa

—No no—agitó sus manos—lamento haber dicho eso. Nadie más que yo generó esto. Tú tuviste que ver en algunas cosas, pero no asumas la culpa de algo que evidentemente no es más que responsabilidad mía. No tienes que acompañarme

—Yo hice la propuesta Colton

—Debes tener una vida Dolly, no estás para estas cosas—se sentó de nuevo, como si se hubiese agotado.

—Tengo una vida pero ahora no es más que comer y dormir, salí de vacaciones. Lo hago por ti Colton, de verdad me siento en deuda.

—Tengo miedo—suspiró, como soltando un quejido.

—Tener miedo es de valientes—se reprodujo en mi mente y salió como un resorte. Sentí otro escalofrío pero esta vez por recordar eso.

—Bonita frase, ¿es de un libro?

—No—respondí a secas, sin tener idea en realidad. Había sido lo último que me había dicho antes de largarse al saber que estaba esperando un hijo suyo y no creía que alguien como él supiera lo que era leer—me lo dijo alguien una vez.

—Es motivador—sonrió tristemente. Asentí concordando y me senté, suspirando a su lado—Lo haré.

— ¿Lo harás?

—Lo haré—repitió, provocándome gracia—Estoy preparado.

—Yo también lo estoy—puse mi mano en su hombro.

— ¡¿Entonces qué estamos esperando?! —exclamó de repente.

Un pequeño detalle vino a mi mente y reí de nuevo captando completamente su atención.

—Lavar tu ropa tal vez.

Capítulo ocho

“Aunque tú no lo sepas, sigo recordando tu nombre.

Aunque tú no lo entiendas, suelo escribir poemas dedicados a tu memoria.

Aunque tal vez nunca te enteres, mi cama se queja, fría desde cuando te marchaste.

Al llegar la mañana nada más que sufría, porque ya nunca estabas.

Con amor y dolor, mi querido M.”

Mis manos se movían rápidas de aquí a allá acomodando todo lo que planeaba llevar mientras que Colton estaba sólo sentado esperando a que dejara de dar vueltas. Había tardado en secar su ropa pero ya por lo menos estaba limpio y como él mismo dijo, preparado.

No mentiré, él no era el único que tenía miedo de esto. Estaba aterrorizada de inmiscuirme en algo que no sabría como resultaría, ni como lo haría, ni absolutamente nada. Odiaba las cosas que no planeaba. Pero yo me había metido en este problema desde el momento en que solté mi suéter para “salvarlo” a él, así que yo tenía que responder por lo que había hecho también. A pesar de ser un caso diferente, no podía evitar verme en Colton, asustado, sin esperanzas, nada más que con la mente puesta en una sola cosa.

Había organizado un bolsito con todo lo que creía que iba a necesitar y me

sentí mal al ver que Colton sólo contaba con la ropa que tenía puesta y ya.

—Dolly no vas a mudarte—exclamó, viéndome luchar con el cierre del bolso.

—Sé que no, pero no está mal un poco de seguridad

—Como sea, sabes que no estás obligada a acompañarme—rodé los ojos y lo toqué con mi dedo en su pecho.

—Basta Colton, ya estoy lista para esto.

—Bueno, está bien—pasó las manos por sus mejillas— ¿ya nos vamos entonces?

—Sí, al parecer ya todo está. Sólo falta saber a dónde vamos —sonreí.

—Cierto, no recordaba eso—se apenó— bueno, vivo en terrazas, el pueblo “escondido” —hizo las comillas con sus manos ante la referencia y mis ojos se abrieron exasperadamente— espero que no le hagan tanto honor a su nombre porque no tengo idea de cómo regresar.

— ¿Qué? —el bolso hizo a caer de mi brazo y gracias a sus reflejos lo tomó rápido.

— ¿Lo conoces? —Frunció el ceño— pensé que sólo las personas que vivían ahí sabía que eso existía—bromeó.

—Yo vivía ahí—su boca se abrió ligeramente.

—No puede ser

—No puede ser—repetí, sabiendo que no estábamos en el mismo contexto. El aire había decidido salir de mis pulmones para jugar fuera descaradamente.

— ¿Estás bien? ¿Ya no quieres ir? —su voz se escuchaba un poco aterrada y traté de concentrarme en lo que de verdad importaba.

—Sí, sí iré. Es sólo que no he pisado allí desde hace nueve años.

— ¡¿Nueve años?! —Alzó la voz— ¿Por qué?

—Cosas del pasado—respondí a secas, intentando asimilarlo.

—Dolly de verdad no tienes que hacer esto, ya lo pensé mejor y fui un cobarde al haber abandonado lo que tenía de esa manera, puedo ir solo.

—No puedes ir solo, es peligroso

— ¿Peligroso? —bufó.

—Sí—reviré, en cuanto escuché el quejido que había soltado—yo me metí en esto, yo saldré de esto y tú también.

—Tienes mucha fuerza de voluntad para ser tan pequeñita

—Ojalá fuera en serio.

Las llaves sonaron contra mis dedos y moví la cabeza indicando que saliéramos.

Terrazas, ya hasta se me había olvidado cómo era. Era sólo un recuerdo más del clóset de mis memorias. No había vuelto a ese lugar nunca y tampoco pensaba en volver a ir. No estaba dentro de mis planes. Sentí mi nuca mojada y supuse que era por el impacto de volver a escucharlo. Ahora no podía evitar sentirme más aterrada de lo que ya estaba. Lo único que pasaba por mi mente eran mis padres, sí los volvería a ver. Pero no podía tener tanta mala suerte como para encontrármelos precisamente esta vez en tanto tiempo que había pasado ya.

“El pueblo escondido” solían llamarlo de esa forma porque en realidad lo conocían muy poco. Terrazas no era un pueblo tan pequeño, ocupaba un gran territorio así que por esa parte me sentía un poco tranquila. No lo conocí por práctica, pasaba mucho tiempo en la biblioteca leyendo de él. No me dejaban salir y no conocía mi propio lugar así que tuve que ingeniármelas.

Acaricié la puerta de mi departamento pensando en que lo extrañaría y la cerré con fuerza. Ajusté la correa de mi bolso y miré a mi lado asegurándome de que Colton estuviera allí. Masticaba su boca y tenía las manos guardadas en los bolsillos.

— ¿Queda muy lejos de este lugar? —raspó su garganta antes de hablar. Recordé que había dicho que no sabía cómo volver y me volteé para mirarlo mientras caminábamos.

— ¿Cómo llegaste aquí? —pregunté, inquieta y curiosa de saber cómo había sido capaz de viajar sin saber a dónde iba.

—Bebí mucho esa noche, no lo recuerdo—frunció los labios pateando una piedra que había encontrado en la calle. Mi boca se abrió.

— ¿De verdad? ¿Absolutamente nada?

— ¿Nunca te has emborrachado hasta el punto de olvidar tu nombre?

—Nunca he bebido una gota de alcohol—confesé apretando mis labios contra mi lengua.

—Mientes—arrugó las cejas, incrédulo.

—No miento, nunca he bebido.

—Wow, eres una joyita —su mano hizo un gesto gracioso refiriéndose a algo pequeño.

—Mi abuela decía eso —sonreí acordándome de cuando me sentaba en sus piernas y me lo repetía mientras cepillaba mi cabello.

— Que tierna—arrugó los ojos— Pero ¿Por qué? ¿Tus creencias o algo así?

—Mis papás

— ¿Tenías muchos problemas con tus padres? —escuché, aunque lo había dicho muy bajito.

—Ellos tenían problemas conmigo—dije, intentando sonar graciosa, cosa que funcionó—no fue algo que quisiera experimentar tampoco así que no me afectó personalmente.

—Papá bebía conmigo—se encogió de hombros sin dejar de patear como si explicara todo con eso.

— ¿Lo extrañas? —sabía que era una pregunta estúpida pero igual me atreví a hacerlo. Nunca había sabido qué era eso, el extrañar de verdad a alguien. En todo el tiempo que había estado sola, no había extrañado ni una sola cosa de mi antigua vida. Tal vez la sensación de mi bebé pero era algo que no podría devolverme sin sentirme terrible así que siempre prefería ocultarlo hasta de mí misma al punto de querer olvidarlo.

Cuando mi abuela murió, pude sentir de todo, pero no la extrañaba porque estaba convencida de que hacer eso no me la devolvería.

—Era mi mejor amigo, claro que lo extraño. A veces pienso que las cosas hubiesen sido diferentes si aún él estuviera vivo

—No puedes saberlo—suspiré.

—Eso sí lo sé—sonrió, sus ojos cristalizándose.

Entré en pánico porque lo menos que quería era que se sintiera mal por mi estúpida curiosidad y señalé el camino dispuesta a cambiar apresuradamente

el tema.

—Ya estamos por... espera—me detuve en seco— ¿Dónde está? —Miré hacia atrás y por un momento creí caer hacia la misma dirección al notar que ya habíamos pasado el puente— ¿Cuándo...? ¿Cómo...? ¿Ya...?

— ¿Vas a terminar esas oraciones o...?

— ¿Cuándo pasamos el puente?

—Hace rato, estabas entretenida y no lo notaste

—Por Dios—estaba atónita, ¿cómo era posible que no me hubiese dado cuenta? ¿Y si me hubiese caído? Ni siquiera sabría la causa de mi muerte y sería muy triste.

—No es para tanto, al menos no tuviste que vivir el trauma—bromeó mientras seguía hacia adelante.

—No tengo trauma—mis piernitas intentaban moverse a su ritmo que para mi desgracia era rápido sin siquiera hacerlo a propósito.

—No se necesita ser muy observador para saber que le tienes miedo a las alturas

—No es verdad—mis orejas estaban rojas de la vergüenza. No es que me costara aceptar que sí les tenía miedo era sólo que no se suponía que la heroína fuera una cobarde.

—Yo le tengo miedo a la oscuridad, no hay nada de malo en eso—explicó, sereno.

Eché mi bolso que ya empezaba a pesarme por todo lo que había metido más arriba de mi hombro y me quedé callada hasta que llegamos a la parada de los autobuses.

— ¡Mira! —Exclamó cuando nos acercábamos—en uno de estos me monté cuando venía, de eso si me acuerdo—sonrió, como si fuera Colón acabando de descubrir América.

—Tenías que hacerlo genio—sacudí la cabeza riendo— A menos que hubieses caminado hasta llegar aquí y eso lo veo muy improbable.

— ¿Nos volveremos a subir? —preguntó, sin prestar atención a lo que había dicho después.

—Volveremos suena a muchos, no lo hice la primera vez.

—Al diablo los modismos, ¿nos subiremos o no?

Asentí y casi que lo sentí saltar. Sonrió como si de verdad estuviera emocionado y frunció el ceño algo extrañada. Los ojos de Colton se veían muy cansados a pesar de haber dormido bien estos dos días. Las ojeras se extendían y sus pestañas se veían caídas. Era difícil no notarlas. Ojos color ámbar que guardaban tanta tristeza. No me había puesto a pensar en que no

había conocido a nadie que los tuviera así, así que no pude evitar quedarme mirándolos un rato.

—Tenemos que comprar los pasajes, este es un solo viaje—dije por fin.

— ¿Directo?

—No, eso es lo malo

—No es malo, significa más tiempo para pensar.

Caminamos hacia la taquilla y una señora de aspecto gracioso me atendió. Tenía cierto parecido a la diseñadora de trajes de la película animada “Los increíbles”. Pequeñita, con el cabello corto y unos anteojos enormes. Justo como ella. Se veía como si se acabara de levantar y la hubiesen sentado a trabajar sin darle la oportunidad de que se arreglara. No es que yo pudiese hablar mucho porque prácticamente estaba en las mismas pero igual me sorprendió.

— ¿Cuándo sale el próximo autobús? —pregunté, acercándome a la ventanilla.

—Dígame—dijo bostezando sin haberme escuchado. Hasta su voz se parecía.

—El próximo autobús ¿cuándo sale?

—Veinte minutos ¿destino? —su voz se escuchaba tan arrastrada que dudaba en verdad que estuviese despierta.

—Vista bella

— ¿Qué es eso? —me susurró Colton halando mi blusa, como si fuera un niño pequeño interrogando a su madre.

—La próxima parada de autobuses.

— ¿Comprará sus boletos ahora? —preguntó la mujer, masticando lo que creo era un chicle.

—Sí, dos por favor—asentí sacando la billetera del bolsillo más pequeño.

Pasé los billetes por debajo y después de verla levantarse hacia dentro, recosté mis brazos en la ventana. Aún no podía creer que fuera a hacer esto, algo tan descabellado sólo por un desconocido. Incluso el volver a terrazas donde desde que puse un pie fuera había prometido no hacerlo. Pero Colton no era una mala persona y tampoco contaba con nadie. Me hubiese gustado encontrarme con alguien como yo cuando lo necesitaba. Pero siempre estuve sola, así que sabía lo que se sentía. Nadie se lo merecía.

—Gracias, que tengan un buen viaje—la voz de la mujer me hizo reaccionar y los retiré agradeciéndole de vuelta.

—Tienes tiempo aún—dijo Colton atravesándose frente a mí.

— ¿Tiempo? ¿De qué?

—De volver a tu casa y olvidar que esto pasó. Puedes devolver los boletos

aún, no tienes que hacer algo que no quieres

—Nunca he dicho que no quiero Colton, basta de eso—lo empujé un poco fallando en tratar de pasar moviéndolo.

— ¿Qué eres? ¿Una especie de hada guardiana que saca a personas de su desgracia o algo así?

—Soy Dolly, la chica que arruinó tu escapada triunfal de este mundo y que ahora busca como arreglarlo

—Bueno, eso suena más lógico—rodé los ojos y sonreí pasándole por el lado cuando se quitó.

Cuatro D, cuatro D, cuatro D, repetí mentalmente mientras buscaba desesperadamente la fila de los asientos antes de perder por completo mi columna debido al peso que me generaba el morral. Había tenido que abrirlo y sacarle las cosas antes de subir para que la seguridad se asegurara de que no llevaba nada ilícito ni perjudicial.

—Aquí Dolly—gritó Colton desde atrás señalando los puestos con el número.

Entrecerré los ojos para certificar de que si eran esos y caminé rápido lanzando mi bolso contra el asiento desplomándome yo también. Estiré mi cuerpo escuchando como los huesos contraídos de mi espalda sonaban y sentí el puesto bajar cuando Colton se sentó.

—No recuerdo haber comprado esto cuando vine—mencionó, quitándose el papel de las manos.

—Debiste haberlo hecho, no puedes subir sin uno

—Pues o fui el primero que lo hizo o de verdad no tengo idea de cómo llegué

—se quejó frotando su cara contra sus manos.

—Ya eso no importa igual—me encogí de hombros—ya te vas.

—Qué locura—soltó aire de su boca—no puedo creerlo.

—Yo tampoco—alcé las cejas sintiéndome en total potestad para decirlo con firmeza.

—Estás loca—abrí la boca mirándolo—No, no me mires así, sabes que lo estás

—Tú...—me interrumpió.

—No dije que yo no lo estuviera, también sé que lo estoy

Me crucé de brazos y asentí, estando de acuerdo esta vez. Yo no podía ser la única demente en este cuento.

— ¿Te escapaste de casa cuando tenías diecisiete? —dijo después de un rato cuando el bullicio de las demás personas que habían entrado se hizo presente.

Fruncí los labios sorprendida ante su pregunta.

—Sí ¿cómo sabes?

—Dijiste que no pisabas terrazas hace nueve años, lo supuse

—Cierto—recordé—sí.

— ¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis ¿y tú? —pregunté esta vez sí intrigada de saber la respuesta.

— ¿Veintiséis? —Alzó las cejas—a pesar de que eres pequeña—hizo referencia a mi estatura con sus manos—pensé que serías un poco mayor de eso. Yo tengo veintiocho.

—Sabía que eras más grande que yo—dije chasqueando los dedos como si hubiese resuelto un gran enigma.

El silencio inundó el espacio por un momento y froté mis dedos contra la tela de mi jean.

— ¿Fue por tus padres? —preguntó, rompiéndolo.

—En parte sí—dije, sin mentir pero sin hablar completo tampoco.

— ¿En parte? —preguntó confundido y el sonido del motor nos hizo saltar. Salvada por la campana.

— ¿Listo? —dije suspirando abrazándome a mí misma cuando la ventilación del autobús recorrió todo mi cuerpo.

—Eso creo—sus dientes hicieron a tiritar.

Un bombillo se encendió por encima de mi cabeza y saqué la manta que había traído, que prácticamente era todo lo que hacía bulto en el protagonista de este viaje, mi morral. Suspiró de alivio al verla y la desdobló en un santiamén colocándosela casi que sin pensarlo. Halé un poco para que ninguno de los dos se quedara sin calor y él frotó su cuello contra ella satisfecho.

Sus ojos se habían cerrado y se había quedado dormido, así de repente, como si le hubiesen dado un golpe que lo hubiera dejado inconsciente. Puse mi dedo en su nariz para asegurarme de que estuviera respirando y al sentir las cosquillas me recosté con tranquilidad en el asiento.

Feeling Good de Michael Bublé empezó a sonar en la radio del autobús y sonreí ante lo agradable que era la melodía. Me hubiese gustado que Colton hubiese despertado para escucharla. Solía ponerla cuando me sentía triste o desanimada y esta vez caía como anillo al dedo.

Siempre me había encantado su voz, la manera en la que hacía como si cada palabra fuera un poema grato con el que quisieras bailar y morir de amor. No estaba muy segura de cómo era eso pero podía imaginar que si el amor tenía ritmo sería con el de las canciones de Michael Bublé.

No hacía falta hacer obvio que estaba completamente enamorada de ese

cantante. De ahí, que él nombre que le había puesto a mi niño antes de darlo en adopción fuera ese. Michael, mi pequeño Michael.

Mi parte favorita estaba corriendo y moví mi cabeza al ritmo de la canción tarareándola en voz muy baja.

“Stars when you shine, you know how I feel. Scent of the pine, you know how I feel .Oh freedom is mine and I know how I feel

It's a new dawn. It's a new day. It's a new life

It's a new dawn. It's a new day. It's a new life. It's a new dawn. It's a new day.

It's a new life. It's a new life for me.

And I'm feeling good I'm feeling good I'm feeling so good I feel so good”

— Estrellas, cuando brilláis, sabéis cómo me siento. Aroma del pino, sabes cómo me siento. Oh, la libertad es mía y sé cómo me siento. Es un nuevo amanecer, es un nuevo día, es una nueva vida. Es un nuevo amanecer, es un nuevo día, es una nueva vida, es una nueva vida, para mí, y estoy sintiéndome bien, estoy sintiéndome bien, me siento tan bien, me siento tan bien —hice a cantar traduciéndola cuando hubo terminado y pegué mis pestañas contra mis mejillas deseando estar dentro de ella y olvidar por completo las cosas que me destruían con fuerza el corazón.

Capítulo nueve

Revisé la hora y se estaba acercando la noche. No me había dado cuenta de que era tan tarde y que ya quedaba sólo media hora de camino. Al menos ya no faltaba tanto. Había olvidado el tiempo de recorrido así que no me encontraba precisamente familiarizada con esto.

Pasé los dedos por las hojas del libro que me había traído para quitar los restos de resaltador que se habían corrido por el movimiento y continué. No había querido salir sin algo con lo que entretenerme y había sido el primero que había tomado.

“He ido marcando con cruces de fuego el atlas blanco de tu cuerpo”

Fruncí el ceño y acerqué más el libro a mi cara para verlo mejor. La luz del autobús comenzaba a fallar y mi vista no se encontraba muy buena.

“Mi boca era una araña que cruzaba escondiéndose. En ti, detrás de ti, temerosa, sedienta.

Historias que contarte a la orilla del crepúsculo, muñeca triste y dulce, para que no estuvieras triste.

Un cisne, un árbol, algo lejano y alegre. El tiempo de las uvas, el tiempo

maduro y frutal.

Yo que viví en un puerto desde donde te amaba. La soledad cruzada de sueño y de silencio.

Acorralado entre el mar y la tristeza. Callado, delirante, entre dos gondoleros inmóviles.”

“Entre los labios y la voz, algo se va muriendo. Algo con alas de pájaro, algo de angustia y de olvido. Así como las redes no retienen el agua.

Muñeca mía, apenas quedan gotas temblando.

Sin embargo, algo canta entre estas palabras fugaces. Algo canta, algo sube hasta mi ávida boca.

Oh poder celebrarte con todas las palabras de mi alegría. Cantar, arder, huir, como un campanario en las manos de un loco.

Triste ternura mía, ¿qué te haces de repente?

Cuando he llegado al vértice más atrevido y frío mi corazón se cierra como una flor nocturna”

—Pablo Neruda, tienes muchos clásicos —escuché y salté del susto cerrando de golpe el libro.

— ¡Colton! —me quejé, mi pulso acelerado por lo imprevisto.

—Ese es algo triste —comentó, sin inmutarse de mi paro cardíaco.

—Si, tal vez

—Todos los poemas de amor tienen algo triste, es amor—sonrió.

—No sé mucho de eso—respondí frunciendo los labios.

— ¿Ya llegamos? —preguntó alzando su cabeza para ver por la ventana.

—Ya casi

—Siento que dormí una eternidad —bostezó deshaciéndose de la manta para estirarse —y aún tengo sueño.

—Eternidad que sólo duró una hora y media.

— ¿Sólo han pasado una hora y media? ¿Cuánto falta para llegar?

—Otra media hora.

—Wow, pensé que sería más largo.

—No te emociones, si es largo. Aún nos falta tomar el otro autobús

— ¿Salen de noche? —su pregunta me hizo caer en cuenta olvidando ese detalle y chasquéé los dientes.

—Rayos no, sólo salen desde la mañana

—Podemos esperar en la parada—mis ojos se abrieron casi saliéndose de sus órbitas antes su descabellada proposición. Ya bastante descabellada era esta

como para tomar otra.

—Estás loco, pagaremos una habitación, no me quedaré afuera con tantos peligros rondando por allí

—Pagaremos me suena a muchos —dijo, imitándome a como había dicho antes de subir —No tengo idea de cómo hubiese sonado mi madre, pero puedo imaginarme de que sería algo así como tú.

—Mal chiste —fruncí los labios por su humor negro.

—Lo sé, siempre los hago.

Miré por fuera de la ventana y gracias a las luces de la calle que no permitían que estuviera completamente oscura reconocí las casas que estaban antes de llegar a la parada. Recogí la manta y la metí como pude dentro del morral al escuchar que el chofer anunciaba por el parlante que efectivamente ya estábamos por llegar.

Colton tomó mi morral esta vez e intentamos caminar junto con la gente que se amontonaba sobre nosotros. Respiré profundo porque me provocaba cierta ansiedad el hecho de encontrarme atrapada entre tantas personas y me agarré del suéter de Colton esperando a que el caminara para yo hacerlo.

El corazón se me bajó de la garganta cuando nosotros mismos nos bajamos de allí y sin que se diera cuenta de que me había tomado de él lo solté

discretamente.

—No recuerdo este lugar

—No recuerdas nada —rodé los ojos.

—Sólo lo necesario, nada más es importante —ladeé la boca y la pellizqué un poco sintiendo el choque de alguien que venía por detrás apurada.

—Muchas de estas personas vienen buscando hospedaje también, deberíamos apresurarnos

— ¿Estás segura de querer pagar una habitación? Este sitio no se ve peligroso

—dijo y un estruendo que sonó cerca de donde estábamos hizo que su voz sonara aguda al finalizar la oración. Lo miré a punto de reír y raspó su garganta —No se ve, pero puede que lo sea, tal vez si deberíamos buscarla.

—Apresúrate —sacudí la cabeza.

Si era honesta, no conocía muy bien este sitio, de hecho, sólo sabía que su parada se llamaba Vista bella, no había pasado de turista si quiera. Me encontraba tan perdida como él. Entrecerré los ojos intentando visualizar algún lugar donde rentaran por una noche y un lugar con muchas luces llamó mi atención.

—Allí —dije señalándolo para que Colton lo viera.

—No creo que eso sea un... —lo interrumpí.

—Vaaaamos —me quejé, caminando por delante —nada perdemos con preguntar. Se ve lindo.

Colton me siguió pero no se veía muy convencido de hacerlo. No se veía nadie cerca y empujé la puerta impaciente por entrar y no quedarnos en la calle indefensos ante cualquier cosa. Me detuve cuando después de un momento no quiso abrir. ¿Estaría cerrado? Me pregunté. Alcé la cabeza para ver lo que decía arriba y en luces moradas estaba el cartel que indicaba que sí estaba abierto. Qué extraño. Empujé de nuevo y mis piernas temblaron por el esfuerzo.

—Rayos —chillé.

La mano de Colton pasó frente a mi cara y tomó el soporte de la puerta halándola hacia nosotros.

—Hale, la puerta dice hale, genia.

Mi boca se abrió y mi labio inferior tembló. Sentí como el caliente recorría desde mi cuello hasta mi frente y exploté cuando escuché su risa. Si pudiera dar un discurso de cómo era sentirse en vergüenza extrema no dudaría en poner la experiencia de este momento.

Su brazo se agitó insinuándome que entrara y tragué saliva caminando rápido. Podía escuchar sus pasos detrás y suspiré, sin salir de la burbuja de la vergüenza en la que me había metido.

—Buenas, ¿en qué podemos ayudarle? —dijo una voz de mujer. Miré hacia adelante para averiguar de quién se trataba pero para mi sorpresa no me encontré con nadie.

— ¿Escuchaste eso? —le pregunté a Colton agobiada, a quien me negué a mirar aún.

—Aquí —hizo sonar su dedo contra el vidrio de al lado.

—Buenas, ¿en qué podemos ayudarle? —dijo la misma voz justo de donde había dicho Colton que estaba saliendo.

—Hola —hablé acercándome, insegura de si podían escucharme o no — ¿rentan habitaciones aquí?

— ¿Seis o doce horas completas? —preguntó y fruncí el ceño.

—Doce horas completas, sólo es por esta noche —metí las manos en mi bolsillo trasero y pasé la tarjeta junto con la clave.

— ¿Normal o especial? —volvió a hablar después de un rato. Mis cejas se arrugaron de nuevo y al darme cuenta de a que se estaba refiriendo me quedé atónita. Volví a mirar hacia afuera y la decoración me dio la respuesta. No era una experta, pero tampoco era estúpida.

Oh por Dios, no.

—Normal —respondió Colton al ver que me había quedado callada.

—Verifique el monto —silencio —Verifique el monto —repitió, la voz dulce algo cansada de tener que hacerlo.

— ¿Está bien así Dolly? —alzó la voz más que ella viendo que seguía sin responder. Asentí sin siquiera haberlo visto y escuché un sonido metálico al Colton haber respondido otra vez.

—Que disfruten su estadía —dejó de escucharse.

Caminé por inercia siguiendo a Colton quien se veía muy sereno y rasqué mis orejas. No sabía qué era más bochornoso en realidad.

Se detuvo en cuanto vio el número de la habitación y al introducir la llave la puerta se abrió en un segundo. Mi boca cayó al piso y respondí a mi interrogante. Definitivamente ya sabía que era lo más bochornoso que había tenido que pasar. El olor a perfume inundó mis fosas nasales y las luces moradas que no dejaban de rodar por el cuarto me hicieron querer acostarme de inmediato.

Capítulo diez

*“Eres el adiós que nunca quise decir
Eres los besos que quedaron por dar.
Eres las palabras que aún faltan hablar
Eres la cuenta pendiente que no puedo saldar.
Eres y serás mi eterna debilidad.
Eres los abrazos que nos dimos y aquellos que aún nos hacen falta.
Eres el motivo de de mi tristeza cuando de ti alguien me habla.
Eres lo que quiero y a veces no quisiera querer.
Eres la sonrisa que quisiera volver a ver.
Eres quien al tocarme me eriza la piel y si me mira me vuelvo a perder.
Somos todo y sin embargo no somos nada
Somos fuego que se enciende con la luz apagada”*

Sacudí mi cabeza dándole un golpe en el hombro a Colton.

—Hey —se quejó.

— ¿Por qué no me dijiste que esto era un motel?

— ¿Cómo se suponía que supiera que tu no lo sabías?

—Podías habérmelo dicho igual —chillé.

—Estabas buscando una habitación sólo de noche, ¿qué esperabas encontrar?

Pum, fuera de base de nuevo. Busqué en mi cabeza algo más con lo que revirar pero no encontré nada. Crucé mis brazos, mis mejillas ardiendo y escuché la puerta cerrarse detrás de mí después de un rato.

—No es tan malo, la cama es grande, podemos dormir en cada esquina —se encogió de hombros con las manos en las caderas mirando hacia el frente suponiendo que eso era lo que me estaba poniendo mal.

—Bueno, sí, tienes razón —dije al fin aún sintiéndome incómoda. No me imaginaba durmiendo en la misma cama con nadie y mucho menos con Colton. No era intolerante al contacto humano pero tampoco era algo que practicara mucho como para disfrutarlo. Un sonido llamó mi atención y miré a Colton para ver si él lo había provocado. Sus mejillas estaban rosadas casi como las mías y reí — ¿eso fue tu estómago?

—No —negó, evidentemente apenado.

—Sí lo fue —afirmé segura — ¿tienes hambre? Yo traje algo de comida —“comida” ridiculicé en mi mente.

— ¿De verdad? —sus ojos se iluminaron.

Extendí mi palma para que me pasara mi morral y no tardó en hacerlo.

—No pensé que fuéramos a pasar por esto, así que no traje mucho —fruncí los labios.

—Solía llenarme con la mitad de un pan cuando mi padre murió y me tocó vivir sólo Dolly, cualquier cosa que se coma puede hacerme feliz.

Un nudo se atravesó en mi garganta e hice el intento a tragarlo asintiendo.

Era una obsesiva con eso del cereal, así que siempre me abastecía lo suficiente en casa. Saqué la caja que tenía y rompí la bolsa para que pudiéramos tomar de los dos lados. Atacó como un jaguar hambriento después de yo hube agarrado en una mano y coloqué la otra a mi costado.

La cama se sentía suave y las sábanas olían delicioso. Las luces titilantes no llegaban a molestar y me sorprendí al ver la cantidad de espejos que había. Miré a mí alrededor sin poder evitar pensar en cuantas personas habrían pasado por aquí antes que nosotros. Parejas evidentemente. Cuantas chicas habrían perdido su virginidad aquí, cuantas habían procreado su primer o segundo embarazo o bueno, hasta el tercero, cuantas prostitutas habrían estado en la misma cama que estaba ahora, cuantos matrimonios habrían celebrado su aniversario, cuántos chicos se habrían hecho unos expertos.

Hubiese sido bonito perder la virginidad en un lugar como este. Bonito y tranquilo. No en la cancha deportiva de la universidad donde tu trasero y tus ojos se impregnaban de tierra. No en donde estuvieras asustada de que te descubrieran y donde tu ropa interior te estuviera apretando hasta impedir el paso de la sangre a otra parte de tu cuerpo porque no podías quitártela completa. No en donde te dijeran que “no daba tiempo” de ponerse el condón porque iba a ser sólo un rapidito y no donde no supieran que estabas perdiendo tu virginidad.

No había vuelto a tener sexo después de mi primera vez. Me aterrorizó por completo. Estaba acostumbrada a esas historias fantásticas, poéticas y preciosas donde el chico tomaba a la chica y flores, cartas y el amor que se tenían eran los protagonistas de la escena. No es que esperara que mi primera vez fuera de esa manera porque generalmente nada pasaba como en los libros pero tampoco esperaba ser nada más una opción fácil para un rapidín.

Conocí a David un día que me mandaron a la correccional por la primera y única vez que intenté copiar un examen y de manera casual se acercó a hablarme. Quien iba a ser lo que ocasionaría. Muy bonito muchacho debo admitir, podía poner boba a cualquiera. Pero no, no fue eso lo que me atrapó. No me atraparon sus dientes perfectos, ni los bucles de su cabello, tampoco ese piercing ridículo que tenía en el labio. No me atrapó el que tuviera una moto o que usara chaquetas de cuero, ni sus ojos verdes. No me atrapó que

me dijera que era hermosa, ni que nunca había conocido a alguien como yo. Me gustaba la sensación de que alguien se interesara por mí. Él que alguien se hubiese acercado a hablarme por su cuenta como si le gustara mi compañía. Me gustaba sentirme “importante” para alguien. Aunque debí saberlo, la correccional no era precisamente un buen comienzo para conocer al “amor de tu vida” como él mismo se llamaba.

Me prometió muchas cosas, una de ellas, sacarme de la miseria de mis padres. Una de las pocas personas a la que se lo conté. Aunque no es como que tuviera muchas a la que contárselo pero no solía compartir nada personal y menos con alguien que acababa de conocer.

Empezó a perseguirme, y aunque al principio me encantaba luego me pareció extraño tanto interés en alguien como yo. A los chicos así no les suelen interesar las niñas mojigatas, debí pensarlo antes.

Hasta que el día de la famosa prueba de amor llegó, como era de esperarse y cómo cualquier otra hubiese sabido. Me prometió sacarme de mis padres, claro, pero nunca me imaginé que sería de esa forma.

Estaba tan desesperada por empezar a vivir que lo hice de la peor manera.

Algo a cambio, eso fue lo que pidió. Todos sabemos qué. No puedo recordar bien como se sintió, pero estaba y estoy segura que así no se debía sentir.

Sus manos eran torpes y ni siquiera me besó. Recuerdo que me dolió mucho

y que dejé el suelo manchado de sangre. Me convenció de que sería hermoso, pero al igual que su promesa fueron sólo palabras vacías. No fue tierno y mucho menos cuidadoso. No me dijo palabras bonitas y tampoco me hizo sentir como si yo lo fuera.

En ese momento sólo podía imaginarme la voz de mi madre en sobre mi cabeza diciéndome todo lo que sabía que diría si se enteraba o incluso me llegaba a ver. Los regaños de mi padre, sus golpes, casi que los podía sentir. Incluso podía imaginármelos todavía cada vez que hacía algo que seguramente les molestaría. Su reacción, tenía todo grabado como si de verdad lo hubiese estado viendo.

Pasaron días, empecé a sentirme mal en clases, mareos, dolor de cabeza y el inesperado vómito. Y David, no lo había visto después de eso. Lo llegué a buscar en la correccional donde posiblemente estuviera pero ni allí había ido. Había desaparecido.

Los dolores continuaban y leí todo lo que encontré sobre eso.

Embarazo, la palabra que salía por todos lados. Me negué a creer que eso fuera real y un día me escapé de clases para comprar con algo de mis ahorros una prueba.

Mi corazón se me paralizó y todo lo que tenía en el estómago se fue afuera cuando vi las dos rayas en el vidriecito de la prueba. Nunca había llorado

tanto como ese día, en aquel baño público donde me la hice. Estaba atónita, incrédula, estupefacta. No tenía idea de que podría hacer. Pero sabía bien lo que harían mis papás.

David había prometido sacarme de la miseria de mis padres, pero nunca me imaginé que fuera de esa forma.

Lo encontré a los dos días, entrando a la cafetería. Sus típicas chaquetas de cuero y esas botas militares que lo hacían ver más alto. Su cabello amarrado en una cola hacia atrás dejando escapar uno que otro bucle. No dudé en enfrentarlo. Fuerza de voluntad que nunca había tenido saliendo por todos mis poros. Yo no era la única culpable de esto. No había hecho esto sola.

Pero a su parecer sí, porque sólo repetía y repetía que no estaba embarazada de él. Yo “no era virgen” así que no debía ser tan estúpida y dejarle la responsabilidad a él sabiendo que no lo era. ¿Cómo podría saber él si de verdad estaba embarazada de él, cierto?

Maldito egoísta.

“Tengo miedo” le dije tomándolo de su franela esperando a que regresara al chico que me había hablado por primera vez y lo último que escuché de su parte fue “Tener miedo es de valientes”.

No lo he visto desde ese día, nunca más llegué a saber de él. Tampoco quisiera hacerlo. Era cierto que yo tenía mucha parte de la culpa por haber

confiado y creído en una persona como David pero me había hecho daño y me había dejado sola cuando no tenía que hacerlo. Había roto mi corazón, no porque lo amara, porque nunca lo hice. Lo había roto porque no había sido capaz de quedarse conmigo así como quería hacerlo antes.

—Dolly—llamó Colton—Dolly—volvió a llamar al ver que no reaccionaba. Sacudí la cabeza y posé mi mirada en él.

—Lo siento ¿me hablabas?

— ¿En qué pensabas? —preguntó, sus mejillas infladas como un hámster.

—En nada, sólo cosas estúpidas.

—Me pasa—se encogió de hombros.

— ¿Alguna vez habías venido a estos sitios? —pregunté, curiosa.

— ¿Por qué preguntas eso? —sonrió, pareciéndole gracioso que la hubiese hecho.

—Curiosidad, no estás obligado a responder—me apené.

—Sí he venido, pero muy pocas veces

— ¿Con Melanie?

—También —sonrió pero esta vez, con picardía.

— ¿Tú niño cuantos años tenía cuando la conociste? —mencioné.

Generalmente no solía interesarme en la vida de los demás, pero la situación de Colton me provocaba cierta incertidumbre. Había vivido lo que era que el padre de mí bebé se largara en cuanto lo había sabido. Así que me resultaba difícil entender como alguien podía aceptar hacerse cargo aún sabiendo que no era suyo. Sus cejas se arrugaron como si no entendiera mi pregunta.

—Ella no lo tenía cuando la conocí —respondió, pensando tal vez que yo lo sabía.

— ¿No? Pero pensé que...—me interrumpió sin ser grosero.

—Michael tampoco es hijo de Melanie, ella no puede tener hijos.

Mi pecho se apretujó como si empezaran a asfixiarme en ese instante y puedo jurar que una cubeta fría pudo ser menos arrasadora que lo él había dicho en ese momento.

— ¿Mi...Michael? —Tartamudeé, esperando con todas mis fuerzas que no fuera lo que estaba pensando. Mis ojos se abrieron dispuestos a salirse de sus órbitas— ¿S...se llama Mi...Michael?

—Bonito nombre ¿verdad? Su madre debe haberlo pensado bien al elegirlo—sonrió y mi cabeza estuvo a punto de explotar. No podía ser tanta coincidencia. No me podía estar pasando esto a mí. Claro que no.

— ¿No es hijo de tu novia? ¿No biológico? —su ceño volvió a fruncirse,

arrugas formándose en su frente.

—No. Nos enteramos que Melanie era infértil después de intentarlo por varios años juntos. Se hizo muchos exámenes cuando eso. Estaba destrozada cuando los resultados dieron positivo. Su mayor sueño era tener un hijo. Así que decidió adoptar en cuanto se dio cuenta de que era inútil seguir intentándolo cuando evidentemente no iba a poder hacerlo. —Mi pulso amenazó con salirse de mi cuello y creí que mis venas también explotarían de un momento a otro —Fue difícil porque no estábamos casados pero lo logramos al final. Necesitaba unos padres y ya Michael es un niño sano y feliz—suspiró— Pero fui un cobarde al dejarlo sólo porque era lo que ella quería.

Mis órganos internos por un momento parecieron jugarse entre sí, creando una sensación de dolor por dentro aunque sabía que solo era imaginario. Un grito se ahogó en mi garganta. Un nudo se formó en todo mí ser.

El miedo se apoderó de todo mi cuerpo, desde el cuero cabelludo hasta la última fibra de mi pie. Sentí mis mejillas enrojecer y mi nuca mojarse con pequeñas gotitas de sudor.

Me quedé inmóvil completamente. Todos mis sentidos desaparecieron por un momento. No sabía qué hacer. No sabía a dónde moverme. Ni siquiera sabía si podía hablar.

Podía estar exagerando e incluso podía ser que no se tratara del mismo. Pero ¿qué clase de casualidad era esta?

— ¿Cuántos años tiene el niño? —se me ocurrió preguntar, esperando con todas las fuerzas que tenía que respondiera erradamente a lo que yo estaba calculando.

— ¿Por qué quieres saber es...?—grité desesperada sorprendiéndolo.

— ¿Cuántos años tiene? ¿Cuántos años cumplió Michael?

— ¡Nueve! —me gritó de vuelta en tono de queja y sentí como todo alrededor se desplomaba. — ¿Dolly? ¿Estás escuchándome? —mi boca temblaba y mi garganta no me estaba dejando pasar aire para respirar. No podía estar pasando. No podía ser el mismo niño. No podía ocurrir esta casualidad.

Me levanté sin decirle nada y corrí hasta el baño trancándola con seguro.

— ¿Dolly? —Lo escuché correr también y al ver que no respondía comenzó a darle golpes a la puerta — ¿Dolly qué pasa? ¿Estás bien?

Llevé las manos a mi cabello halándolo y mi estómago se revolvió tanto al punto que tuve que poner la cara junto al inodoro para no vomitar en el piso. Como si de esa manera pudiese sacar el dolor que estaba sintiendo.

— ¿Dolly? Respóndeme, ¿estás bien? ¿Dije algo que no debía? —volvió a

preguntar, su voz desesperada.

Me tiré en el piso, mi pecho subiendo y bajando a una velocidad indescriptible y recordé todo lo que había sentido años tantos justo como si lo estuviese viviendo ahora. Llevé mi mano a la cicatriz de mi vientre y saboreé lo salado de mis lágrimas que se habían escapado sin permiso.

—Dolly si no abres voy a tener que romper esto, respóndeme

—Déjame —logré decir, mi voz machacada.

— ¿Dije algo malo? ¿Qué te pasa?

No Colton, no dijiste nada malo. Yo hice algo malo. Yo fui la que arruiné mi vida. Yo soy la culpable de esto.

—Déjame —repetí sin saber si me había escuchado.

Mi memoria comenzó a jugar conmigo y las sensaciones pasadas volvieron a mí para hacerme sentir peor de lo que ya me estaba sintiendo ahora.

Creí que no era posible pero no, si lo era.

Mis sollozos hacían eco y supuse que los estaría escuchando. Pero ahora no podía pensar en más nada en que el niño que tanto Colton estaba deseando ver era mi hijo.

“No puede ser verdad” murmuré, mi respiración entrecortada partiendo lo que podía decirse era mi voz. ¿Qué clase de complot injusto era este?

—Dolly, estás asustándome, ábreme por favor—los golpes de la puerta sonaban más fuerte y me alejé por la vibración que causaba. Si seguía de verdad la iba a romper.

Creí que no podría llorar más de lo que había llorado el día que me enteré que estaba embarazada e incluso más que esa tarde que tuve que despedirme de sus regordetas manitas. Pero si podía, estaba pasando.

Respiré profundo intentando que mi pulso volviera a la normalidad pero los golpes de la puerta sólo me hacían alterar más. La golpeé de vuelta y cesó por un momento.

—Dolly—susurró— ábreme.

—No quiero ahora Colton, vete

— ¿Qué me vaya?

—No que te vayas de aquí, sólo quítate de la puerta, no saldré

— ¿Dije algo malo?

—No—sollocé—sólo déjame.

Su voz no se escuchó más y mi nariz se estaba quemando por dentro. Los golpecitos cesaron y volví a tomar una larga respiración creyendo que ya por fin me calmaría.

Odiaba llorar. Me hacía sentir más débil de lo que ya era. Abuela Magda

decía que llorar hacía descansar el alma pero no podía encontrar paz entre mi cara pegajosa y en mis ojos ardiendo.

“¿Elegir? No hay tiempo para algo como eso. No nos importa si es tu vida o la de ello.” Hizo flashback en mi memoria y me fui en llanto de nuevo. No esperaba que mis padres me ayudaran, sabía que no lo harían. Incluso tampoco planeaba decírselos, pero encontraron la prueba un día entre mis cosas. No tenía opción de elegir, y tal y como habían dicho, no les importaba si era mi vida o la de él.

A pesar de que no sentirme preparada para afrontar la responsabilidad de tener un bebé tampoco habría hecho esa atrocidad. No podía verme quitándole la vida a un ser inocente exento de toda culpa.

Yo me había metido en eso y yo sola tenía que salir de eso.

Me encontraba entre la espada y la pared así que simplemente escapé. Lo más arriesgado que he hecho y la decisión más dura que he tenido que tomar.

Nació el siete de septiembre. Había reunido todo lo que había logrado ganar en el trabajo que me habían dado e incluso me había quedado sin comer. Pero quería darle lo mejor aunque fuera por un momento. Cesárea, de ahí la cicatriz en mi vientre. Una costosa clínica donde me la practicaron. Me emocioné cuando escuché su llanto y me dijeron que estaba completamente bien.

“Hiciste un buen trabajo” fue lo que más escuché.

Treinta de septiembre, fatídico día. No mentiré, lo pensé muchas veces mientras lo sostenía en mis brazos. Le había puesto un pijama de azul y lo cubría con una manta del mismo color. Pasé mucho tiempo con él para lo que debí haberlo tenido.

Ya hasta me había acostumbrado a sus llantos y quejidos. Y cuando no lo tuve me despertaba creyendo haberlo escuchado.

Su nariz pequeña hacía cosquillas entre mis dedos y la motita de pelo sobre su cabecita resultaba ser graciosa cuando se movía.

Aún podía recordar su perfume natural, ese delicioso olor a bebé. Sus manitas aferradas a las mías, su aliento en mi cara. Y aunque inelegible, recordaba su voz.

Sus uñitas mínimas y limpias. Su cuerpecito regordete haciendo peso sobre el mío. Sus ojitos cerrados y su respiración tranquila. Todavía podía sentirlo.

Tal vez si sabía cómo se escuchaba el amor y tal vez, hasta como se veía. Pero lo arruiné, lo abandoné. Creía que no podría darle lo que necesitara y que un niño no se merecía nada con lo que yo misma no podía lidiar. Menos Michael, mi pequeñito Michael.

Después de tanto pensarlo, esa tarde lo dejé con todo lo que tenía. Mi corazón

sano también se fue con él.

—Dolly —se escuchó de entre la puerta la voz de Colton susurrando.

—Dime —contesté, mis fluidos nasales sonando como trompeta.

— ¿No saldrás?

—No ahora

—Está bien —suspiró —Mentí cuando dije lo de tu nombre.

— ¿Lo de mi nombre? —pregunté confundida.

—Sí, que si hubieses sido más linda te hubiese quedado bien el nombre.

—Oh —mi boca se expandió tristemente.

—Con esos lunares alrededor de tus ojos, esas pestañas largas y esa nariz tan pequeña le haces honor. Justo como una muñequita —recosté mi cabeza a la puerta sintiéndome agotada y lo que tenía que explotar explotó de inmediato

—Cuando te vi no pude evitar recordarlo a él —el silencio inundó mis oídos y estalló como la tapa de una botella de vino — ¿Estás ocultando algo Dolly?

Capítulo once

“Alcé mi brazo y coloqué el otro en mi vientre para intentar protegerme cuando lanzó su primer ataque. Estaba acostumbrada pero aún así no dejaban de sorprenderme cuando se dirigían con rapidez hacia mí. Los dedos de mi padre se aferraron con fuerza a mi mano y chillé por dentro. De verdad tenía fuerza, no era alguien fácil de esquivar.

Dobló mis dedos y mi primera reacción fue golpearlo con la otra. Mala idea. Su palma fue directa a mi mejilla. La costra que tenía en el labio volvió a abrirse y sentí el hilo de sangre recorrer hasta mi barbilla. Odiaba eso.

Me encogí del dolor y escuché su horrenda y fatídica voz.

—Estudiar, ¡eso era lo único que tenías que hacer! —gritó, el eco reventando mis oídos tirándome la prueba de embarazo que habían conseguido entre mis cosas —pero no, tenías que andar de zorra. ¿Qué clase de educación pueden pensar que te damos en la casa?

—No tienes idea de lo avergonzada que me siento de ti Dolly —habló mi madre, sus dientes apretados como si le doliera. Créame señora, pensé, mayor dolor que él sentía ahora en este momento no había —Estudiar, estudiar, estudiar, hacernos orgullosos. ¿Y qué hiciste? Arruinar lo único que “hacías bien” —alzó su tono en las comillas que plasmó con sus dedos — ¿Cuántas veces tenías que escucharlo para entenderlo?

—Las zorras no escuchan, sólo son sucias mujeres que no tienen cerebro.

Fruncí mis labios, evidentemente dolida por el golpe como por sus palabras y sostuve de nuevo mi vientre con miedo a que mi papá se le ocurriera golpearme allí.

— ¡Responde! —gritó tan fuerte haciéndome entrecerrar los ojos.

—Yo quise hacerlo—mentí. Mi mente preguntándome a gritos si era que quería morir. Pero estaba cansada. De todo. De ellos. De callarme, de sentirme mínima a su lado. De que aunque fuera una estúpida rutina siguiesen traumándome sus perjudicantes comentarios.

—Que malditamente atrevida eres—cerré los ojos por completo cuando otra cachetada ardió en el mismo lugar donde me había dado la otra.

No solía prestarle atención a las misas que obligatoriamente tenía que asistir los domingos pero después de este incidente recordé como uno de ellos, aunque no podía recordar cuál había dicho en uno de sus discursos que si

queríamos triunfar en alguna etapa de nuestra vida debíamos ponerle la otra mejilla al enemigo que nos atacara. Y no solía cuestionar nada, pero no veía que el ardor de mi labio me estuviera llevando al triunfar.

—Tienes que deshacerte de esa cosa, no pienso mantener otro parásito—mi boca se abrió ante tal espanto que había dicho y mi madre se movió hasta adelante.

— ¿Deshacerse? Pero si...—tartamudeó mirándome. Quería hacerme daño pero no quería pasar por encima de sus principios—Cariño sabes que Dios no aprueba eso. Lo hemos escuchado en misa—anillo al dedo. Que como era de esperarse no le cupo a mi papá.

—Dios la hizo zorra y estúpida, Dios, al igual que ella se atenderá a las consecuencias.

—No puedes poner a elegir eso

— ¿Elegir? No hay tiempo para algo como eso. No nos importa si es tu vida o la de ello—me miró. Sus duros ojos negros penetrándome hasta el alma.

Mamá se calló, porque sabía que no era bueno discutir por mucho tiempo con mi padre y él sin inmutarse se acercó tomándome de la parte donde la camisa tenía los botones. No quité por nada del mundo mis brazos de mi vientre y su halón me hizo perder el aire.

—No quiero nada dentro de ti para mañana. No quiero tener que explicarte las consecuencias—me soltó, su dedo golpeando mi pecho antes.

Y aunque esas palabras no lograron salirse de mi mente nunca me rehusé a volver a verlos en la vida.”

Mi cabeza ardía como el demonio y mis ojos parecían dos coágulos de sangre preparados para detonar y arrasar con todo lo que había su paso.

Eché a la basura la caja de cereal que había sacado ayer y me había tenido que cambiar de franela debido a que la que tenía anteriormente estaba manchada de moco y vómito y para terminar de dar asco estaba mojada.

Colton estaba sentado a la orilla de la cama, su mirada puesta en el vacío. No había vuelto a dirigirle la palabra y mucho menos él a mí. Me sentía completamente agotada y sólo quería dormir hasta no despertar. Nunca más.

Mi cara seguía pegajosa y mi cuerpo dolía. No me sentía así en años. Como si prefiriera quedar inconsciente antes que afrontar los problemas.

—Bueno, diré que entregarás las llaves al salir, ya tengo que irme—escuché cuando se levantó.

— ¿Qué? —Fruncí mi ceño llorando por dentro debido al dolor que eso me provocaba en mi cabeza al mi frente arrugarse— ¿por qué tengo que

entregarla yo sola? Andamos juntos.

—Todavía quedan dos horas de las que te dan aquí, puedes dormir si quieres.

Debo llegar lo más temprano que pueda

—Pero yo iría contigo—sonó en mis oídos y sentí vergüenza de lo rasposa que mi voz se oía.

—Ya no, tengo que irme

—T...te prometí que iría Colton—dije halando su suéter asustada de que me dejara sola.

—No te compliques por no cumplir eso, debes haber fallado en otras promesas también—respondió quitando mi brazo de mi agarre. La saliva que estaba por tragar no pasó de mi garganta y mi boca tembló amenazando con llorar al escucharlo decir eso.

—No me quedaré aquí sola

—Ya te lo dije Dolly, yo me metí en esto solo, yo saldré de esto solo, no tienes que acompañarme—dijo como si ayer hubiese estado leyendo mi mente.

—Sé que es así, pero no importa lo que digas, yo te lo prometí—mi boca aún temblaba y el nudo con esfuerzo ya había logrado pasar.

—Como quieras, no te estoy obligando a nada. Igual ya sé porque lo haces.

Sus palabras me hacían retorcer dolida por cómo me estaba tratando. Si no hubiese reaccionado de esa forma, él no habría sacado conclusiones. Habría podido lograr su cometido y vivir una vida feliz junto a su novia y su niño.

De nuevo, todo era mi culpa.

—No pienses así de mí—me atreví a decir y su mirada se dirigió a la mía, el color ámbar más oscuro de lo que alguna vez se lo había visto—Por favor—finalicé.

—No estoy pensando nada, tampoco quiero explicaciones, está bien así, Dolly.

Una lágrima se había escapado sin permiso y la limpié sin que se diera cuenta.

Tomé mi bolso, cerré la puerta e intenté alcanzarlo debido a que iba muy apresurado, como si no le importara dejarme atrás. Coloqué las llaves con cuidado en el mostrador de la ventanilla y sentí que hablaron pero me fue muy difícil escuchar. Colton iba tan rápido que mi ritmo no le llegaba. No lo llamé porque sabía que no me prestaría atención así que luché con mis piernitas que amenazaban con caer en cualquier momento.

Visualicé a lo lejos el autobús que tenía el cartel de terrazas y al parecer Colton también lo había visto porque se apresuró mucho más de lo que ya lo estaba. Lo malo de esta parada es que no podías comprar pasajes así que o te

montabas, o te quedabas fuera hasta que el otro viniera. Una de dos.

Creo que nunca me había movido tan rápido como en esta ocasión. Me recordé a mi misma como Veelma, de la caricatura de Scooby Doo. Vi el cabello de Colton sobresaliendo de las ventanas, su cabeza moviéndose a los dos lados imaginé que buscando donde sentarse. Ajusté la correa de mi morral y me apresuré montándome antes de que arrancara.

Suspiré de alivio al haber pasado las escaleritas de la entrada del autobús y de saber que ya por lo menos estaba dentro del mismo donde estaba él. Mi cuerpo se balanceó hacia el frente cuando se movió y tuve que tomarme alzándome en mis puntillas del tubo que dividía el pasillo.

Escuché unas ligeras risitas de las personas que estaban ahí y sentí como mis orejas se ponían rojas.

—Aquí—oí decir y busqué con la mirada quien lo había dicho. Para mi grata sorpresa, Colton.

Intenté moverme como pude hacia atrás sin soltarme del tubo al paso de una tortuga con miedo a caer y movió sus piernas para que pudiera entrar al asiento.

—Gracias—le dije cuando logré sentarme. No respondió y fruncí los labios al ver que ni siquiera estaba mirándome.

Me sentía tan mal por dentro y por fuera que me era difícil entenderlo. Era claro que estaba molesto, e incluso podía saber por qué, pero más asustada me encontraba yo y atónita de lo que estaba pasando. Froté mi cara contra mis manos para intentar mantenerme despierta y miré hacia mi lado para ver si podría hablar con Colton del tema que me tenía tan estresada pero sus ojos ya se habían cerrado y su respiración estaba quieta. Se había quedado dormido, como siempre, de repente y sin avisar.

Resoplé mirando por la ventana reconociendo el camino como si hubiese sido ayer que me había ido y mi tristeza se hizo más profunda.

Era obvio que Colton ya debía saber de qué se trataba el escándalo que había montado anoche, por eso su actitud fría y arrogante, pero no me atrevía a decírselo yo misma. Así supiera que sabía, no hallaba la forma políticamente correcta de decirlo. “Mira sabes que el niño que estás criando lo abandoné porque no me sentía preparada para cuidar de él, pero en realidad es hijo mío y estoy agradecida porque te haces cargo”

¿Cómo se suponía que le dijera eso?

Eché la cabeza hacia atrás sintiendo como mi cabello se pegaba a mi cuello por el sudor e intenté por nada del mundo no quedarme dormida.

A pesar de que reconocía el camino no eran muchas horas de recorrido y me asustaba el hecho de que nos pudiéramos pasar. Abracé mi morral buscando

tener en que aferrarme y volví a mirar a Colton. Sus cejas estaban arrugadas y tenía los brazos cruzados, justo como cuando lo vi por primera vez dormido, como si se preparara para escupir cualquier cosa. Su boca estaba echada hacia adelante y su nariz estaba roja. El cabello se le había revuelto en la parte de arriba y sonreí tristemente.

Moví una de mis manos para peinarlo con cuidado sin que se diera cuenta y pasó su lengua por los labios provocándome un susto.

Ufff, falsa alarma, sólo se abría paso para bostezar.

Sus dientes comenzaron a tiritar y me imaginé que posiblemente tuviera frío. En realidad hasta a mí me estaba comenzando a afectar, pero no quería que estuviera desprotegido. Saqué la manta y se la coloqué sosteniéndola con su cuello.

Resoplé de nuevo, negándome a dejar de mirarlo. No había notado lo bonito que era Colton. Todas sus facciones estaban acomodadas perfectamente sobre su cara. Sus pómulos marcados, su barbilla fina, sus labios gruesos, el rastro de barba que había comenzado a hacerse presente. Como si su rostro hubiese sido tallado con sumo cuidado de descuidar algún detalle.

Era triste porque tenía más cara de niña bonita que yo que se suponía que tenía que serlo.

Puse mis dedos entre el espacio que quedaba entre su nariz y su boca y no

pude evitar imaginar cómo sería besarlo. Nunca había besado a nadie y no tenía idea de cómo se sentía. Había leído millones de libros donde lo describían como tocar el cielo y de verdad me sentía intrigada. Era cierto que no estaba acostumbrada al contacto y no era algo que tampoco quisiera experimentar con frecuencia pero no podía sacar de mi mente que David ni siquiera había tocado mis labios por equivocación, a pesar de decirme en tantas oportunidades que le encantaban.

A pesar de haber sido mi propia culpa, Colton era la única persona a parte de él que había pasado tanto tiempo a mi lado. Y al ver como la respiración salía de entre sus dientes imaginé como se sentiría atraparla entre los míos.

Me acerqué lentamente rodando mis manos hasta donde comenzaban sus orejas y cerré los ojos, su aliento haciéndome cosquillas en la nariz.

Mis dedos se regocijaron ante la suavidad de sus mejillas y como si me pegaran un golpe en la cabeza reaccioné a lo que estaba haciendo.

Pegué mi nuca contra el asiento sintiendo un poco de dolor y mis ojos se abrieron exasperadamente al darme cuenta de lo que había estado a punto de hacer.

Afortunadamente Colton seguía sumido en su sueño y ni siquiera se había inmutado pero no podía creer la locura que iba a cometer.

Llevé las manos a mi cabeza, mis ojos convirtiéndose en un mar de llanto y

me sentí realmente estúpida. Estaba tan triste que había querido recompensar mis dolorosos recuerdos con algo que sólo provocaría más problemas de los que ya había.

No podía soportarme a mí misma y estaba tan aterrada que me estaba convirtiendo en el mismo saco de miedos que solía ser antes.

Y aunque no estaba segura de cómo pudiera afectarme más de lo que ya lo hacía que estuviéramos por pisar el lugar que me había prometido no volver a pisar, había hecho otra promesa.

Y que por más que debiera, no iba a romper.

Capítulo doce

“Escribí, escribo y escribiré sobre ti hasta el día que aprenda cómo no

extrañarte.

He pasado tantos días sentada sola en mi cama intentando descifrarlo.

No es que no pueda vivir con eso auestas, aunque nadie me lo crea, lo hago.

Pero al igual que tu recuerdo, intentarlo me hace daño.

Si desde alguna parte me escuchas, soy yo, tu mamá. Aunque tal vez ese título me quede grande.

No puedo evitar pensar en cómo serán tus próximos padres, si sabrán cómo tratarte y como darte el amor que deben darte. Pero no estoy en potestad para exigir nada ahora que estoy del otro lado y ni siquiera debes saber quién soy.

Quisiera algún día mirarte a los ojos y pedirte perdón y aunque no quieras recibir mis disculpas por lo que te hice, morir en paz sabiendo que lo hice.

Me pregunto qué color habría tomado tu cabello después del tiempo. Y como te hubiese gustado vestirte.

Me pregunto si te hubiese gustado escribir igual que a mí, o si simplemente te habrías ido por algo más trivial.

Si te hubiese gustado el fútbol o el béisbol.

Como se habría desarrollado tu cuerpecito y reír contigo cuando empezaras

a interesarte en las niñas.

Me pregunto qué hubieses querido ser cuando fueras grande.

Te tuve más de lo que te merecía tener. No puedo encontrar nada que pueda reconfortarme.

Y estar tan triste me hace recordar esa canción que no dejo de escuchar.

Fuiste una estrellita en mi vida, que por mi irresponsabilidad, dejé apagar”

Mi mano fue a dar a mi ojo frotándolo sintiendo satisfacción y miré al frente para ver donde me encontraba.

El autobús, rayos, me había quedado dormida.

Toqué a mi lado para ver si Colton aún se encontraba conmigo pero no encontré más que un fúnebre vacío. Otras personas estaban comenzando a subirse y de inmediato el miedo recorrió hasta la última fibra de mí ser.

Salí, tropezando a todas las personas que estaban subiendo y el aire de afuera me cacheteó sin piedad. Hacía incluso más frío que dentro.

Las personas que se apresuraban a abrirse paso me golpeaban como si no existiera y me quejé cuando una de ellas pegó su codo contra mis costillas.

No quería ser una niña llorona y malcriada pero estaba a punto de dejar soltar

otras lágrimas cuando creí haberme encontrado completamente sola.

— ¿Qué se supone que estás esperando? —reclamó Colton acercándose a donde estaba halándome del bullicio que se había formado a mi alrededor.

—Creí que... te habías ido—me sorprendí, sintiendo alivio también.

—Llevo rato esperándote aquí—resopló.

—Me quedé dormida—me quejé por lo bajo.

—Lo sé, señorita obvio.

No estaba de buen humor, ni cerca, pero al menos no había hecho ningún comentario doloroso y ya había aceptado el hecho de que andaría con él. Era todo lo que necesitaba para que no se le ocurriera dejarme sola. Soltó mi brazo, mi piel extrañando su tacto y metió las manos en sus bolsillos comenzando a caminar.

Había sacado la cabeza del gentío y recordé donde era que estábamos. Seguía escuchando los gritos de las personas que pasaban por mi lado pero no pude evitar sorprenderme.

Wow, dije entre mí cuando vi lo cambiada que estaba ahora terrazas. Ya ni podía reconocerla. El clima sombrío y frío se acomodaba perfecto al escenario. El terreno donde solía estar el parque para niños al que tristemente nunca tuve la oportunidad de ir había sido reemplazado por unas tiendas al

parecer de ropa y los puestos que estaban a su lado ya ni rastro se les hallaba.

La calle tenía baches por todos lados e incluso las casas se veían deterioradas, sin color, sin vida.

No había niños jugando fuera, no se veían personas sentadas fuera en sus patios. Como si se tratara de un pueblo vacío.

Terrazas nunca fue un pueblo llamativo, de hecho, por lo único que venían las personas era por su buena universidad. Pero nunca se había visto tan muerto.

Nueve años sin pisar esto y me lo encuentro como todo un horror.

—Ahora sí que es el pueblo escondido—dije colocándome del lado de Colton.

—Siempre lo ha sido

—No así. Terrazas antes no era tan deprimente

—Hace mucho tiempo que se ve así. Es sólo que tú tenías mucho tiempo que no venías—enfaticó.

— Pero es increíble lo destruido que se ve todo ¿Por qué quitaron el parque?

—Necesitaban espacio para esas estúpidas tiendas. Todos sabían que quebrarían en milisegundos pero ninguno de esos estúpidos inversionistas quiso prestarnos atención. Ahora ya no hay vuelta atrás, no destruirán eso

para volver a construirlo.

— ¿Estuviste involucrado en eso?

—Solía jugar allí con mi padre cuando era pequeño. Quería que mi hijo repitiera la misma historia, no era justo que vinieran a deshacerse de él como si se tratara de barrer un patio y ya.

— ¿Y el dueño del terreno? —Quitó un cabello que se había atravesado en mi boca— ¿El señor...?—rebusqué como pude sin hacerlo resultado.

—Sanders—respondió por mí, impaciente— no le importó vender tantos años de historia. Que estupidez.

Era notorio Colton era una persona de carácter muy fuerte y me parecía muy extraño que se viera tan molesto como si eso acabara de pasar. Decidí callarme para no alterarlo al parecer, más de lo que ya estaba y miré mí alrededor, apreciando más de cerca lo apagado que se encontraba el ambiente.

Colton había cruzado hacia el otro lado dentro de un callejón por el que nunca había querido pasar debido a lo peligroso que era y lamí mis labios antes de seguirlo.

— ¿Por qué nos estamos metiendo por aquí?

—No hay otra forma de llegar a mí casa.

— ¿Vives por aquí?

—Desde que tengo uso de razón. Ya sé porque nunca te había visto.

—No solía salir mucho—asentí.

Mis dedos pegaban contra la pared raspando mis nudillos por lo apretujado que era el espacio y de repente sin más ni menos se detuvo haciendo pegar mi nariz contra su espalda.

— ¿Qué harás cuando lleguemos? —se volteó, dejándome nada más que confundida.

— ¿Qué?

—Cuando lleguemos ¿Qué vas a hacer allí?

—Pues—rápido, no quedes como una estúpida, contesta.

— ¿No tienes idea? —se apresuró por encima de mis palabras.

—Estoy aquí para acompañarte—fue lo único que se me ocurrió decir.

—Sé lo que estás pensando y hasta puedo saber lo que estás tramando, no dejaré que confundas a Michael—sus palabras se incrustaron en mi pecho como una daga arrancándola de inmediato sin piedad.

— ¿Confundir a Michael? Yo no...—me interrumpió.

— ¿Por qué escapaste de casa? —tragué fuerte— Responde Dolly, ¿por qué

escapaste de casa? Querías ayudarme ¿no? necesito que me ayudes con esto.

—Eso no te pertenece

—Sí me pertenece, porque estoy criando a tu hijo—soltó, como si hubiera lanzado una bomba arrasando con todo lo que había encontrado cerca— ¿o me equivoco? No creo estarme equivocando, no soy estúpido.

—No me hables así—reviré, con voz firme pero a la vez asustada.

—No te estoy juzgando Dolly, sólo quiero que me digas la verdad. ¿Sabías que tenía a Michael y por eso estabas fingiendo ayudarme? —cada cosa que decía dolía más que la anterior.

— ¡No!—chillé—claro que no. Estoy tan sorprendida como tú lo estás. No tenía idea de esto

— ¿Por qué te escapaste de casa? —repitió, inquieto.

—No sé porque me estás preguntando si ya es evidente que sabes la respuesta

—Por Dios Dolly mírate, ni siquiera sabes mentir—la imagen de mi padre voló a mi mente en un recuerdo no deseado y toqué mi cabeza.

—No estoy mintiendo, no sabía nada de Michael

— ¿Por qué estás aquí?

—Basta—reclamé—no tenía idea de esto y no había venido nada más que

para apoyarte.

— ¿Cómo se supone que me apoyes de esta manera?

—No le haré nada al niño, nunca le haría nada al niño. Esto es tan difícil para mí como para ti—mi labio inferior tembló y me sorprendí al sentir sus manos sobre mi cabello y su pecho contra mi cara. Había halado con tanta rapidez mi cuerpo hacia el suyo que ni siquiera había podido reaccionar a eso.

—Sé que no le harás nada.

—De verdad no lo sabía—susurré, insegura de si podría o no escucharme.

—Tengo miedo—sollozó.

—Todo saldrá bien Colton, estoy segura de que está esperándote

— ¿Y si no? ¿Y si Melanie ya lo convenció de que me fui y de que soy un mal papá?

—No eres un mal papá—sonreí tristemente acariciando ligeramente su espalda— todo saldrá bien.

—Sólo puedo pensar en volver a verlo y que no me odie.

“Yo también quisiera poder pensar en eso así como tú” dije en mi mente, mi pecho arrugándose.

Cuando dije que era igual de difícil para mí que para él, no estaba

exagerando. Ni siquiera podía imaginar cómo iba a reaccionar en el momento en que todo pasara. Sólo quería escapar, dejar todo e irme justo como antes.

Pero se lo había prometido a Colton y ahora que estaba aquí, en mi hombro, llorando como un muchachito pequeño no podía decirle que no era el único que tenía miedo.

—No sé porque lo abandonaste Dolly, hubieses sido una gran mamá.

Capítulo trece

La casa de Colton quedaba a solo unas cuadras después de cruzar el callejón. Era pequeña pero bonita, con centenares de plantas por fuera. Un perrito nos dio la bienvenida y vi agacharse a Colton para saludarlo. Lamió mis pies que no estaban cubiertos nada más que por unas sandalias y su lengua contra mis dedos me provocó muchas cosquillas.

Las pisadas de Colton se oían fuertes contra el duro piso y me quedé paralizada antes de llegar a la puerta. No planeaba pasar más de allá. De hecho, no planeaba pasar más y menos hasta su casa.

El perrito ladró cuando Colton hubo tocado la puerta y lo chité agachándome imitándolo para acariciarlo.

No es que tuviera impaciente, pero mi corazón iba a una velocidad indescriptible cuando sentí el marco de la puerta sonar en cuanto había dado tres toques.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —Fue lo primero que escuché, asustándome por la fuerza con la que lo había dicho—Creí haberte dicho que no volvieras.

—No estoy aquí por ti

—No te pedí que te fueras sólo por mí

—Tienes que dejarme ver a Michael, tengo toda la potestad de exigirlo al igual que tú

Subí la mirada y la mujer que imaginé que era Melanie desafortunadamente también me vio. Me levanté como un resorte sacudiendo mis rodillas sucias y me quedé paralizada de nuevo sin saber qué hacer.

Arrugó las cejas al darse cuenta de mi presencia y casi que podía sentirla hervir. No se parecía en nada a la chica que había imaginado para Colton. No es que tuviera que imaginármela porque no era algo que me perteneciera pero tienes mucho tiempo de pensar cuando se dormía. Tenía puesto un vestido largo y su boca estaba pintada de un fuerte color rojo. Su cabello estaba amarrado en un moño encima de su cabeza y fruncí mis labios al sentir como su mirada me desgarraba como si intentara matarme con ella.

— ¿Quién es ella? —chilló, su voz aguda.

— ¿Dónde está Michael? —preguntó Colton, ignorando su pregunta.

—Dejo pasar unos pocos días ¿y ya tienes otra? Que descarado—escupió, como si fuese una víbora echando afuera su veneno.

Me moví hacia adelante dudosa de si llegar hasta donde estaban o no pero recordé que se suponía que yo había venido para apoyarlo.

— ¿Quién es ella? —repitió poniendo sus manos en el pecho de Colton.

—Soy su amiga—dije, mi voz saliendo como si se tratara de un conejito asustado.

—Colton no tiene amigos—ladeó su boca.

—Necesito ver a Michael Melanie, entraré si no lo traes

—Ésta ya no es tu casa, si entras será allanamiento

—No puedes prohibirme verlo, es mi hijo

—No es tu hijo—reviró y me dolió al igual que si yo fuera Colton y lo hubiese estado sintiendo.

Cada palabra que decía me hacía querer golpearla. No podía creer que Michael estuviese en manos de una persona como ella.

—Tampoco tuyo Melanie—lanzó de vuelta Colton y sus ojos se abrieron como dos platos mirándome a mí y luego a él de nuevo.

—Colton—se quejó, indignada imaginé de que yo tuviera que escuchar eso.

— ¿Dónde está Michael?

—No está aquí, ya vete—hizo a cerrar la puerta y el pie de Colton se atravesó antes de que lo hiciera.

—No puedes hacer esto Melanie, sabes que está mal

—Mal está que no puedas encontrar la manera de mantenernos, no iba a pasar toda mi vida con alguien que no quisiera progresar y menos que no pudiera darme un buen futuro. Michael no se merece eso

—No seas tan estúpida—dije molesta y los dos voltearon a verme. Si antes se sentía como si su mirada estuviese desgarrándome ahora se sentía como si hubiese decidido hacerme más daño después de eso.

— ¿Q...Qué te crees para...?

—Mamá—la interrumpió una vocecita y puedo jurar que mi boca se había secado en menos de un segundo.

— ¿Michael? Michael soy yo—gritó por encima de la cabeza de Melanie intentando hacerse escuchar.

—Mamá ¿es mi papi?

Millones de mariposas revolotearon en mi estómago y me sostuve de la pared para no caerme. Mi aliento se sentía caliente y busqué en mi mente razones para no sentirme atrofiada.

Tenía la ligera esperanza de que no fuera verdadero lo que creía y que simplemente hubiese sido una tonta casualidad.

No estaba preparada para esto.

—No Michael, ve a tu cuarto—dijo Melanie forzando la puerta contra el pie de Colton.

—Ven acá Michael, si soy yo—gritó de nuevo desesperado, unas lágrimas corriendo hasta su boca.

Melanie no dejaba de luchar contra Colton dispuesta a no dejarlo pasar por nada del mundo y me moví hacia atrás para saber de dónde había venido su vocecita.

—Papi, estoy aquí—escuché cerca de mí algo borroso y miré a todos lados para saber de dónde venía.

Unos golpecitos en la ventana llamaron mi atención y mi corazón cayó al piso junto con todo el dolor que había sentido en estos años al encontrarme con su cara pegada contra el vidrio. Daba golpecitos con el dedo para que Colton lo escuchara y por inercia me fui de frente caminando hacia él. Una curiosa pollina caía sobre su frente y se me atragantó la respiración cuando busqué como loca algún indicio que me dijera que sí se trataba de él.

Tenía el cabello marrón chocolate y en bucles, justo como recordaba el de David. Lo único que le había quedado de él.

Aún tenía la esperanza, no podía ser tanta casualidad. No podía estar pasando esto.

Una cadena con una M colgaba de su cuello y me pregunté si sería por su nombre o por el de su madre.

Tragué fuerte al tener que pensar en otra persona con algo que debería

pertenecerme y me sentí completamente débil e indefensa.

Como una señal caída del cielo subió sus brazos intentando abrir la ventana y me desplomé por completo cuando vi los rastros del lunar que tenía de bebé. Ese lunar extraño en forma de corazón.

Pecas manchaban todas sus mejillas y sus ojos eran iguales a los míos.

Mi pecho empezó a arrugarse y mordí mis labios en cuanto noté que estaba llorando.

Mi garganta dolió al tener que aguantar las ganas de gritar por lo que estaba pasando ahora y vi a Michael volver a tocar la ventana, sus cejas arrugadas mirándome en confusión.

No podía hacer esto. Definitivamente no podía hacerlo.

—Perdóname—dije colocando mi mano entre lo único que nos separaba ahora.

El peso que había llevado por años en vez de aligerarse se hizo más duro y difícil de sostener provocándome náuseas.

Quitó la mirada de inmediato y corrí hacia la salida de la casa de Colton, él sin darse cuenta, el pleito con Melanie aún encendido. Podía escuchar sus gritos aún a lo lejos.

No podía pasar un segundo más allí. No sabiendo que la personita que estaba

al otro lado se trataba de mí bebé.

Mis pulmones se sentían cansados y seguí corriendo sin importarme que mis brazos se rasparan porque ningún dolor físico podía ser mayor que el dolor que ahora sentía emocionalmente.

Era él, era mí Michael. No tenía que estar ahí, debía ser mío. Debía estar en mis brazos, escuchando alguna de mis historias escritas y dedicándome todos esos abrazos que anhelaba volver a sentir. Era a mí a quien tenía que decirle mamá. Era yo quien tenía que haberlo sido.

Dejé soltar mi morral cayendo al poco tiempo yo también y me quejé un poco cuando mi trasero pegó contra el piso.

Mis manos pegaban contra mi barriga desesperada por buscar oxígeno y hasta me estaba comiendo mi propio cabello. Pero nada podía importarme más que mi propio dolor en este momento.

Era mí culpa, sabía que lo era. Había sido mi decisión. Y aún así no podía dejar de sentirse como si hubiesen arrancado todos mis órganos y hubiesen decidido jugar con ellos frente a mí.

Mi cabeza ardía e imaginé por un momento que hasta mis ojos podrían explotar.

“Eres el adiós que aún más me duele Michael”.

Capítulo catorce

Había escuchado una vez a Colton decir que el amor te hacía cometer locuras.

No estoy muy familiarizada con eso, claro está.

Pero algo con lo que sí podía dar testimonio respecto a eso era que el dolor también te hace cometerlas.

El camino a mi casa nunca se había sentido tan largo como el que estaba experimentando ahora. Mis piernas se movían con dificultad y ni siquiera podía mover mi cara por lo dura y fría que estaba.

No estaba segura de que se suponía que iba a hacer en mi casa, pero no había podido dejar de caminar en cuanto logré levantarme. No estaba segura de que fuera precisamente inercia pero no había podido detenerme.

Mi único camino por estas calles y a duras penas era de mis clases a mi casa. No había espacio para nada más. O eso me hacían creer. Dirigí mi mirada hacia la universidad y un ligero escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies en cuanto visualicé la cancha a lo lejos. Maldito lugar. No dejaba de tener la misma sensación cada vez que lo veía. Me acerqué a las rejas pegando mi cara contra ellas como si hubiese sido cuestión de una reacción inmediata y pude verme justo donde había sido.

Allí estaba yo, tirada, asustada desde el pelo hasta mi última uña y allí estaba David, esa sonrisa sucia y de satisfacción que intentaba poder olvidar.

Si había tenido tiempo para quitarse el cierre de su pantalón e introducirse sin piedad ni delicadeza en mí habría tenido que tener tiempo para protegerse.

Pero, no, ni cerca lo hizo.

No grité, no pataleé, ni siquiera me negué. Había sido con mi consentimiento. No puedo decir que se había tratado de una violación, ni mucho menos que había sido algo que yo no quisiera. Pero nunca me imaginé que la primera vez que dejara ver mi cuerpo estaría postrada en un lugar público y sucio como una cancha. Era casi estúpido pensar que iba a terminar así.

Era estúpido pensar que alguien como yo terminaría metiéndose en semejante rollo solo por complacer a alguien que ni siquiera se interesaba verdaderamente en mí.

Vi en mi memoria como sus manos golpeaban mis costillas intentando quedar más dentro y también vi como una lágrima de dolor se escapaba sin hacer ningún ruido. Tenía puesto un suéter gris ese día y había sido muy difícil subirlo por encima de la zona de mi brasier pero como era de esperarse, su rudeza no tardó en hacerse protagonista. Mi pantalón se apretujaba contra mis piernas sin dejar circular la sangre y casi sentí que iba a desmayarme de un momento a otro.

Mis ojos ardían por la tierra que se había metido entre ellos y mi trasero dolía al pegar con tanta fuerza hacia el piso. Mi cabello se había enredado entre la chaqueta de David y mi cabeza dolía cada vez que movía su cuerpo.

Su boca no se había acercado ni solo momento a la mía y su mirada ni

siquiera se había posado por un segundo sobre mis ojos. Nunca me sentí tan utilizada como ese día. No se sentía bonito y mucho menos excitante. No había amor y ni siquiera un tanto de pasión o algo por el estilo. Sólo era David, desesperado por conseguir una vagina disponible y yo, una vagina disponible. No había más nada que ver ahí.

Pero para mi sorpresa no me dolió. No me dolió el no verlo de nuevo encima de mí buscando hablarme con desespero. No me dolió el no encontrarlo sentado cerca del asiento donde estaba acostumbrada a estar. No me dolió el que no me buscara a la salida de clases ni que me molestara para vernos en otro lado que no fuera la universidad. Comenzó a dolerme cuando me enteré que llevaba dentro de mí algo de él, que no había sido sólo su estúpido pene y que me había dejado sola en eso.

Quitó el sucio del óxido que se había pegado por las rejas a mi cara y sentí chisporrotear mis sandalias contra el piso. Había pasado por aquí tantas veces, todos los días pero esta vez no podía dejar de sentirse como si nunca lo hubiese hecho.

Mi cuerpo danzaba al ritmo del viento amenazando con caer en cualquier segundo.

Aún no sabía que estaba buscando, mi mente no había encontrado rumbo alguno. Sólo podía caminar y caminar como si de eso mi vida se tratara.

Respiré profundo cuando reconocí la calle que aunque más destrozada que antes, se me había puesto en frente y era la que iba a dar justo al que solía ser mi hogar.

Si es que hogar no era un adjetivo muy bonito para lo que podía llamársele a ese infierno.

Me detuve en seco cuando entrecerré los ojos y sacudí la cabeza para convencerme de que lo que estaba viendo era real. Caminé rápido luchando con el peso que me generaba el morral que me había negado a soltar a pesar de lo mucho que me fastidiaba y maderas pegadas a la puerta y ventanas me dieron la bienvenida.

¿Qué demonios?

Pegué mis manos contra ellas buscando soltarlas pero estaban completamente aferradas hacia ella. Busqué en mi alrededor alguna señal que dijera que tal vez la habían vendido pero no había ningún cartel, ni poster, ni nada. Estaba igual que como cuando me había ido, no la habían remodelado y mucho menos pintado. Incluso hasta el césped estaba descuidado. Ya no había flores en el frente y una parte del techo se había caído. Completamente descuidada. Mis padres jamás hubiesen dejado que pasara esto.

Miré por el orificio que quedaba entre la pared y la puerta y me aterró cuando no vi absolutamente nada dentro. Ni los muebles de la sala, ni la mesa, ni

nada. No había ni rastros de que alguien hubiese estado aquí en un tiempo.

Ladeé mi boca, viendo extraño ese hecho y me dirigí a la parte de atrás de la casa. Más maderas, esta vez pegadas a la puerta de salida. Se veían menos duras que las otras así que intenté halarlos con fuerza raspando mi palma con uno de los clavos.

No vine a darme cuenta si no cuando esta comenzó a sangrar.

—Maldición —me quejé en voz alta en cuanto el ardor comenzó a hacerse presente.

Un ruido hizo provocar un estallido en mi pulso imaginando que tal vez fueran mis padres viendo como destruía su propiedad y volteé asustada. Era increíble como ya siendo una adulta siguiese existiendo ese trauma en mi cabeza.

— ¿Dolly? —escuché de una voz que se me hizo difícil de reconocer hasta que vi a quien le pertenecía.

Se veía más mayor y su semblante había cambiado. Solía verla mucho cuando era pequeña a través de la ventana envidiando el que sacara a sus hijos a pasear y que yo no pudiera tener lo mismo. Lo recordaba perfectamente. Vivía al lado de mi casa, en una casita pequeña y humilde. Mis padres nunca llegaron a relacionarse con ella porque simplemente ellos no se relacionaban con nadie pero solía saludarme con cariño cuando

regresaba de la universidad sentada en una de las sillas de fuera de su patio.

— ¿Señora Marta? —pregunté intentando recordar si ese era su nombre.

—Dolly —sus ojos se expandieron al darse cuenta de que sí era yo —querida que hermosa estás.

Sonreí tristemente pensando en que no podía ser más que un cumplido porque dudaba que mi cara y mi cabello hechos un desastre dieran a apreciar algún tipo de belleza y se acercó lentamente para darme un abrazo.

No era cercana a la señora Marta, de hecho, sólo en dos oportunidades había logrado hablar con ella, un día que mis padres habían salido de casa y me había atrevido a ir a jugar. Era una señora muy amable, fue bonita hasta lo que tuve su compañía.

—Qué extraño que estés por aquí —arrugó sus cejas.

—Sí, la verdad sí —suspiré asintiendo —estaba por aquí cerca.

— ¿Te has acordado de mí y has venido a visitarme? —sonrió, unas ligeras arrugas asomándose por debajo de sus ojos cansados.

—Me alegra volver a verla —respondí, apenada de no saber qué decir.

—A mí también me alegra volver a verte, pensé que más nunca lo haría.

—Yo ahm... como estaba cerca, pensé que tal vez podría hablar con mis padres tal vez, ¿sabe si se mudaron algo?

— ¿Mudado? —su voz se escuchó baja.

—Sí —señalé la casa —me pareció raro encontrar todo esto así, así que pensé que tal vez era que se habían mudado —me encogí de hombros pellizcando mis mejillas por dentro.

Su expresión, aunque todavía confusa se había vuelto suave y su mano apretó ligeramente mi hombro.

—Creí que a lo mejor te habías enterado.

— ¿Enterarme? —Arrugué mi nariz — ¿De qué?

—Preciosa, tus papás murieron ya hace dos meses.

Capítulo quince

Si hablo con total sinceridad, no tenía idea de cómo sentirme. Y no había podido reaccionar en el momento en que había llegado a mis oídos.

Había desaparecido por completo del contacto de todas las personas que alguna vez habían sabido de mí, así que de no ser porque en mi locura adolorida se me hubiera ocurrido venir hasta acá no me habría enterado. Dejando pasar quién sabe cuántos años más.

¿Por qué si había visto a Diana hace poco no había podido decirme? Tal vez pensó que me afectaría y no había querido ponerme triste, porque era obvio que ella debía saberlo. Dos meses parecían muy poco para lo que en realidad implicaba.

No quería parecer un ser horrible sin corazón pero no era algo que estuviese martillando mi cabeza en este momento. Creo que ni siquiera podía sentir dolor. Pero era su única hija, debía haber asistido aunque fuera a su velorio y dar la cara a la hora del entierro. Y tal vez, volver a desaparecer como antes.

No había sabido más de ellos y tampoco me imaginé que eso hubiese pasado. Así que era una noticia realmente impactante teniendo en cuenta que mis padres no eran mayores como para haber fallecido de forma natural.

Accidente de tránsito, eso había dicho Marta. No estoy segura, no pude escucharla muy bien después de la noticia.

No me dolía el pecho, ni tampoco les había dedicado una sola lágrima al

haber escuchado eso. De verdad no quería parecer un ser horrible, pero no podía ser una persona hipócrita tampoco. No sabía cómo sentir dolor a eso.

El cementerio no había cambiado mucho, porque igual no estaba segura de que un lugar que ya de por sí era fúnebre y triste pudiese verse más decaído. El olor a flores de funeral inundó mis fosas nasales y entré caminando entre todas las lápidas para ver si encontraba la de mis padres.

Una de cerámica azul llamó mi atención y me acerqué para ver si se trataba de la de ellos. Suspiré de alivio al no haberme equivocado y tropecé quejándome antes de llegar. Contaban con un buen seguro así que todo esto debía haber sido obra de ello.

Habían colocado muchas flores a su alrededor y me sorprendió ver que algunas hasta parecían ser recientes. Mis padres no tenían amigos y no solían relacionarse con las personas. Así que me parecía bonito que pudiera haber personas que hubiesen querido tener un bonito gesto con ellos.

Me agaché intentando sentarme sin romper ni aplastar nada y estiré mis piernas entre las dos lápidas. Las habían puesto juntas, un poco lejos de donde quedaba la de mi abuela.

Aún sentada aquí, junto a los que habían sido los dadores de mi vida, no podía recordar un momento en que mis padres hubiesen sido cariñosos, o incluso lindos conmigo. El único recuerdo que me quedaba de ellos eran

gritos, insultos y múltiples maltratos. Nunca me celebraron un cumpleaños, nunca recibí una felicitación. Nunca me dieron un abrazo bonito ni tampoco uno de esos besos en la frente. Nunca fuimos la piscina ni al centro comercial juntos. Nunca nos tomamos fotos agarrados de la mano y mucho menos nos sonreímos mirándonos a la cara.

Solía ver con cierta extrañez a los demás niños que asistían conmigo a clase al ver como se comportaban sus padres con ellos. Yo nunca había tenido eso. Y después de un tiempo de acostumbrarme supe que nunca lo tendría tampoco.

Pero no podía irme sin por lo menos haber pasado para darles la despedida. Como si eso sirviera de algo.

Era increíble el poder que tenía la tierra de tragarse todo lo que alguna en su vida fue algo. Lo había descubierto cuando mi abuela Magda murió y me preguntaba llorando contra su urna que porque había tenido que irse.

No estaba pequeña, entendía lo que estaba pasando y eso era lo que hacía que me doliera más de lo que podía estar reconociendo.

“Prohibido llorar, llorar es de débiles y tú como hija de nosotros no eres eso, basta de lágrimas estúpidas” había dicho mi madre sentada junto a mí frente al cuerpo frío de mi abuela, a pesar de estarse tratando de la suya.

Algo que si no podía entender era como el orgullo era capaz de hacer tan vil a

alguien. Mi abuela no se merecía eso.

Recibí una cachetada en cuanto no pude hacer caso a su petición y desde ese día la repulsión que sentía por ellos se hizo más fuerte.

Pasé mucho tiempo llorando sola y escondida en mi cuarto, asustada de que pudieran darse cuenta. Se me hacía muy difícil aceptar el hecho de que la única persona que me hacía querer estar en casa y que me hacía sentir querida ya no estaba y no volvería a ver.

No pasé mucho tiempo con mi abuela, pero fue suficiente como para entender que la vida dura muy poco.

No la extrañaba, porque sabía que no volvería, pero no podía evitar sentirme triste por eso. A pesar de las múltiples opresiones a prohibirme sentir.

Suspiré y miré las lápidas robándome una de las flores que estaban puestas sobre los nombres. No habían puesto ninguna dedicatoria ni nada por el estilo, sólo sus nombres y ya. Más nada.

Resultaba triste pero no estaba segura de que habrían podido ponerle. ¿Excelente hermano o hermana? No lo eran. ¿Buen esposo o esposa? Tampoco. ¿Padres ejemplares? Mucho menos. No podían mentirle a la muerte.

Me eché hacia atrás viendo como el sol comenzaba a ponerse y supuse que ya

era tiempo de volver a casa. No haría más nada aquí. Tomé mi bolso que también había puesto con cuidado sobre la lápida de mi madre y lo apreté con fuerza.

Sacudí mi cuerpo, lleno de restos de cemento y lamí mis labios dándoles un último vistazo.

—De lo único que me arrepiento es de no haberme escapado antes de sus garras. Este es mi último y único adiós. Si hay un Dios en el cielo, no estoy segura de que los reciba allá, pero de algo debe haber servido tantos años de misa obligados mamá.

Capítulo dieciséis

Me quejé cuando las ampollas de mis pies por las sandalias que tenía puestas se reventaron y me las quité con cuidado poniéndolas en el piso del autobús. Estaba esperando a que se llenara y saliera mientras dejaba que el frío recorriera mi acalorado y cansado cuerpo.

Haber llorado tanto me hacía sentir tan agotada que no quería nada más que dormir por años.

No dejaba de recorrer mi mente el hecho de que hubiera dejado a Colton solo

pero no había sido capaz de soportarlo.

¿Cómo se suponía que debía afrontar eso? Era casi imposible tomando en cuenta la bola de sentimientos en la que me había convertido.

¿Quién sabría si lo volvería a ver? Había sido una buena compañía. De hecho, le había tomado cariño. Ese chico arrogante, triste y contestón. Otra cosa que me ponía triste y agotada. Pero había logrado parte de mi cometido al menos a pesar de haber sido completamente inútil al principio. Mi trabajo de heroína había terminado.

Mi estómago sonó reaccionando a que no había comido nada en todo el día y revisé mi morral con la esperanza de haber metido algo extra. Resoplé al ver que hasta esas esperanzas se perdían sin dar aviso y saqué la manta en cuanto algo marrón llamó mi atención.

Mi libreta, creí que no la había metido. ¿Qué hacía aquí?

Revisé la primera página para ver si se trataba de la que yo creía y al ver la letra de “Con una estrella” escrita con sumo cuidado disipé mis dudas.

Miles de fechas estaban puestas en todas las demás hojas y respiré profundo para no caer de nuevo en el abismo de la depresión.

La había utilizado para escribir sobre Michael cuando el dolor era más fuerte que mi propio grado de existencia.

Todos esos sentimientos puestos sobre una hoja como si el papel pudiera llevarse el dolor que sentía. No lo niego, me hacía sentir mejor de vez en cuando. Pero dejé de escribir en cuanto me di cuenta que recordarlo tanto me hacía mucho más daño que el que intentara deshacerme de ese mismo daño.

Cogí el bolígrafo que estaba metido en el bolsillo delantero y llenándome de valor, sin más lágrimas ni llanto me di una última oportunidad.

“Hola Michael, es extraño no hablarte como si le estuviera hablando a un bebé. Pero hoy te vi y me sorprendí al ver cuánto has crecido.

Ya hasta podrías entender lo que digo. Y hasta todo lo que escribí sobre ti.

Te preguntaría, quién sería esa chica extraña que lloraba junto a la ventana. Puede que nunca lo sepas o incluso puede que hasta lo olvides. Porque para ti no imaginarás que fuese importante.

Al fin y al cabo, eres solo un niño.

Me sentí tan triste al verte que sentí que no podía soportar seguirlo haciéndolo un minuto más. Perdón por haberme ido de manera tan repentina.

Una vez más.

Siento tanta impotencia, tanta rabia y tanto dolor de no haberte visto crecer.

Tienes mis mismos ojos, como quisiera decírtelo. Pero eso lograría confundirte ¿no es así?

Por si algún día llegas a enterarte cuando seas más grande por otro lado, soy tu mamá. Tu mamá biológica.

No puedo decir que tu verdadera mamá porque no tengo el derecho de llamarme así. Pero sí, la que te dio la vida fui yo.

No, no te sorprendas, tampoco te sientas traicionado, tienes un papá increíble. Y una familia, algo que yo nunca habría podido darte.

No quiero que pienses que te abandoné porque no te quise. Aunque estás en toda la posición de molestarte conmigo.

Sé que tal vez no me perdones, no te sientas mal por eso, yo tampoco logro hacerlo aún.

Sé que no escuchaste cuando te lo pedí pero al ver tu pequeña carita recordé esa triste tarde y no pude pensar en decirte nada más que eso. Aunque el peso no se cayera de mis hombros, necesitaba sacarlo y había imaginado millones de veces el decírtelo cuando te viera.

Es irónico e incluso algo triste que haya tenido que irme de nuevo cuando por fin había logrado encontrarte.

Al menos sé que moriré un poco más tranquila.

Te escribo esta última carta sabiendo que no la leerás.

Te amo con todo lo que alguna vez tuve y tengo.

Y una vez más, perdóname, mi pequeño Michael.”

Epílogo

Llegar del trabajo y saber que yo misma tendría que prepararme la cena me hacía sentir cansada con solo pensarlo.

Mi mes de vacaciones había terminado y mi rutina había comenzado a ser protagonista de mi vida de nuevo. Al menos algo que me hiciera sentir ocupada.

Encendí la hornilla de la cocina mientras ponía a preparar los panes de la tostadora y sentí nostalgia con sólo hacer eso. Sonreí pegando mis dedos al mesón y sacudí mi cabeza alejando cualquier pensamiento que pudiera hacerme poner triste.

Un golpe en la puerta me hizo saltar del susto y tomé el sartén que me disponía a utilizar para freír mis huevos.

Como si fuera una reacción inmediata mi pulso se aceleró como una ametralladora y volví a escuchar los golpes otra vez. No eran fuertes, de hecho, se sentían como sí solo estuviesen tocando, pero mis nervios jugaban conmigo y no podía evitar asustarme.

Apretujé el mango del sartén entre mi mano y como si mi cerebro me indicara que debía hacer algo estúpido abrí la puerta.

—Muñeca —lo vi sonreír. Mi boca cayendo al piso.

